

Todos los escrúpulos que agitaban á la Princesa la tarde anterior, habian desaparecido completamente; ya solo pensaba en el momento halagüeño de presentarse en el castillo acompañada de su esposo, ofreciendo la paz á su padre y á sus guerreros: y si entre el cúmulo de sus dulces reflexiones asomaba alguna vez el cruel instante de la separacion de su padre, «tambien Fortun, se decia asimismo, ha abandonado por mi el suyo.» De este modo calmaba su inquietud y el porvenir sonreia de lleno ante sus ojos.

Cuando bajaron á la plaza acababa de cerrar la noche; un vapor diáfano cubria el firmamento, y la luna y las estrellas brillaban mas arriba como chispas de eléctrico al través de una gasa tupida.

—Adónde quieres que vayamos? preguntó Fortun.

Zahra dudó un momento.

—A aquella colina cubierta de enebros; dijo despues señalando con la mano al Norte.

Los dos jóvenes pasaron el estrecho corredor que formaba la cortina de la plaza con la contramuralla, y entraron en el juego de la ballesta; atravesaron este hasta salir por la puerta occidental del castillo: bajaron entonces diez y ocho escalones angostos de piedra sillar casi perpendiculares, y se hallaron en una pequeña plaza sobre la cueva de Marimon. Por un agujero circular abierto en el suelo, salia una corriente de humo sulfuroso, que á pesar de estar al aire libre sofocaba la respiracion.

Caminaron hácia el Norte unos cuarenta pasos; y doblándose luego al Oriente siguieron por el otro lado del barranco de Tollo, paralelos á él; hasta llegar á la cumbre de un montecillo poblado de romeros, tomillos y salvia que se desplegaba frente por frente al castillo. Aquí, al pié de un frondoso enebro, fué donde se sentaron los dos amantes.

La naturaleza reposaba bajo un silencio magestuoso.

Esta era la vez primera que Zahra salia del alcázar; jamás habia pisado otro suelo que el de sus jardines; y de vez en cuando la calle de Baliija acompañada de su padre y la corte, para asistir á la Mezquita en el dia de oracion pública.

Un aire nuevo, un aire puro saludaba su rostro; y su corazón sentía el influjo de tales atractivos. Desde allí se disfrutaba una vista magnífica mezclada de agradable y horrorosa. Si miraban á la derecha, veían á lo lejos hundida en un estrecho y profundo canal de peña, la cueva de marimon enrojecida por el fuego de azufre que ardía en su seno: el barranco de Tollo que nacía en dicha cueva se iba ensanchando á medida que se retiraba de ella, y se cargaba de casas bajo sus piés hasta desembocar en la plaza de la Mezquita. Al otro lado del barranco destacaba la colosal montaña, imponente, sombría como el genio de la noche: á doce varas de su falda, en el primer término, aparecía en penumbra la muralla sobre la que asomaban las copas de las higueras, de los nogales y de los granados.

En segundo término arrancaban las pintorescas almenas de la contramuralla, y en el tercero la plaza fuerte con sus erguidas cortinas, y con sus bastiones entre los cuales se remontaba el torreón del homenaje, en cuya cima tremolaba la bandera blanca á espensas de un céfiro suave, y dibujaba su media luna en la atmósfera trasparente.

Zahra gozaba en mirar su castillo al que la luz vacilante de la luna daba la última pincelada de sublimidad; Zahra gozaba en recibir el ambiente de la noche; Zahra gozaba en oler los tomillos y los romeros; Zahra gozaba en estar al lado de Fortun, en pensar en la vuelta de su viaje; Zahra tenía diez y ocho años, y á los diez y ocho años ¡se goza de tantas cosas!...

—Cuánto tiempo falta para nuestra fuga? preguntó con amabilidad.

—Tres dias; respondió Fortun.

—Quisiera pasar esos tres dias en un sueño; me aterra tanto el momento de separarme de mi padre... no has visto que amable ha estado con nosotros?

—Si, pero hija mia, no conoces que la fuga que vamos á ejecutar no tiene otro objeto que labrar tu felicidad; y labrando tu felicidad no adviertes que labras tambien la de tu padre? él mismo lo ha dicho no hace mucho rato; además desea con ve-

hemencia ver á Hernan, y solo de este modo puede proporcionársele tal visita. Qué son Zahra los días de disgusto que ocasionemos con nuestra ausencia á Abou-Alhama, comparados con los placeres que le ofreceremos despues? Cuando ya te crea á tí perdida, tal vez cuando llore tu muerte, verá á Fortun, verá á Hernan, abrazará á su hija y la abrazará mas dichosa que nunca. Zahra, la fuga que de tal modo temes, abre las puertas de nuestra felicidad; por qué te asusta?

—No; ya no me asusta, ya desco huir: sabe pintarla tu lengua con tales encantos que ya la apetezco; si, apetezco huir contigo por esos mundos desconocidos.

—La Virgen protegerá nuestra marcha.

—Y quién es la Virgen? preguntó con curiosidad.

—Es la flor mas hermosa del Paraiso, contestó Fortun con entusiasmo; es la palma mas verde del cielo, es el arroyo mas puro donde bebe todo cristiano, es la fuente de donde manan á torrentes las verdaderas delicias. La Virgen, Zahra; es una jóven llena de misterios, pero cuya dulzura embriaga nuestros corazones; es la madre de Cristo, de ese Cristo, hijo de Dios, que movido de amor á sus criaturas; solo de amor y no de interés, murió por nosotros en una cruz, derramó gota á gota toda su sangre, para abrirnos con ella las puertas de la gloria, que el pecado del hombre habia cerrado, y fundar sobre sus padecimientos una religion basada en la caridad.

—¡Qué bellezas me haces concebir en la religion de Cristo... qué hermosa debe ser la Virgen... me siento tan inclinada hácia ella... cuando yo me haga cristiana me llamaré vírgen; me gusta tanto...

—Te llamarás MARIA, que es su nombre; veras que atractiva se manifiesta su imágen en nuestros altares.

—Qué deseos tengo de verla!

—Quieres verla esta misma noche? preguntó Fortun sonriendo.

—Si fuera posible... repuso Zahra con desconfianza.

—Si hija mia, lo es. Cuando dí el beso de despedida á mi hermana Isabel para lanzarme á la batalla en que me aprisionó Ali; «espera» me dijo con las lágrimas en los ojos; y co-

siéndome en el forro de la almilla la imágen de la virgen «ella protegerá tu viaje» añadió y volvió la vista por no verme. En efecto, ella ha protegido mi viaje con muestras de gran misericordia; ella ha embotado en mi el poder de los musulmanes, y ella me ha proporcionado la dicha de conocerte; de amarte y acogerte bajo su regazo. Cuando cerrado en el calabozo sombrío aquella noche terrible, me amenazaba por todas partes una muerte cruel y segura; reventado por el peso de las cadenas; dirigí mi corazón á esta misma elígie; y sacó el escapulario, que puso en manos de la mora; hice una fervorosa oración y antes de concluir mis súplicas ya me habia la Virgen enviado un ángel de consuelo: ese ángel fuiste tú Zahra, que hermosa, que benigna y radiante, bajaste desde tu cámara á un calabozo oscuro á salvarme.

—Si Fortun, lo interrumpió la Princesa conmovida hasta el extremo; la religion de la virgen es la verdadera religion: ya siento no haberla profesado antes; ya esperimento su influjo en mi amor; desde que hablamos de la religion cristiana, es mas celeste, mas sublime; es mas parecido á la Virgen.

Toda la supersticion que abrigaba el pecho de Zahra como buena mora, se habia convertido de súbito en una fé viva y ardiente hacia las grandezas de María: Fortun se encontraba inspirado, y Zahra abrasada de amor.

—Dime Zahra, continuó mientras ella miraba con regocijo el escapulario de la madre de Cristo: no es un misterio inapeable para los musulmanes... cómo pueden esplicar esos hombres incrédulos aquel impulso interior y ciego en la apariencia, que te impelió venciendo mil obstáculos á bajar desde tu regia cámara á un calabozo subterráneo, por salvar un hombre desconocido, un enemigo de tu patria y de tu religion?

—Me movia un sentimiento de caridad, respondió la Princesa con inocencia.

—Y ese sentimiento de caridad que es? replicó Fortun con fuego: es la mano de la Virgen que se reviste de las virtudes mas preciosas para atraer á sí las almas felices que Dios ha destinado desde la creacion para la madre de su hijo: si Zahra, tiempo hace que tu estas destinada á beber el cáliz del

verdadero néctar angélico. La Virgen te arrancó de tu lecho á ejercer una accion loable para que me conocieras; y este amor puro, este amor celeste que á tí y á mi nos inflama, aumentado por los encantos de una noche tan apacible y serena, es el espíritu divino, es el medio de que se ha servido Dios, para llamarte á su religion.

—Cuánto amo á la Virgen! pronunció Zahra enagenada de gozo besando el escapulario: tienes razon Fortun, á ella debo el haberte salvado, y á ella debo este amor que hace mis delicias: como le pagaria yo ventura tan grande... yo quiero hacerle un regalo de mis joyas... la amo tanto...

—Todavía la amarás mas, cuando desposada conmigo, cuando hecha cristiana y viviendo al lado de tu padre y de tu esposo, un sacerdote respetable te de una idea detallada de sus gracias infinitas: la amarás mas cuando te abra el seno de la religion de su hijo, y te ponga de manifiesto las grandezas que encierra. Sus preceptos son todos dulces, sus máximas saludables: ves esa caridad que te anima, esa complacencia en el bien, esa moderacion en las pasiones, ese gusto en olvidar las ofensas, los descuidos de tus inferiores...? esas son cabalmente las máximas que pondera, los preceptos que impone al cristiano. La religion de Cristo no aterra, persuade: y en esto se diferencia principalmente de la imaginaria del sagaz Mahoma. El Iman estiende sus creencias con el acero de un millon de alfanges; el sacerdote con su palabra y con sus lágrimas; pero estas lágrimas van acompañadas de las lágrimas de la Virgen que los subyuga sin conocerlo, como te subyugó á tí el día de mi libertad. El musulman siembra la muerte y la venganza en pos de sus conquistas; y el cristiano por do quiera que vence va perdonando, va erigiendo templos á su Dios, y plantando en ellos la bandera de la paz.

—Oh! que delicias experimento esta noche: tu me hablas, y la Virgen que tengo en mis manos inflama tus palabras, toca mi alma: tambien nosotros debemos edificar un templo á la Virgen; has hecho una conquista, la conquista de mi corazon: sí, tenemos que solemnizarla con un templo, y en él plantaremos tambien la bandera de la paz.

—Bien Zahra... exclamó Fortun henchido de amor y de placer: sí, lo edificaremos aquí, en el mismo lugar en que estamos sentados; y cuando haya trascurrido el tiempo, nos recordará la noche mas deliciosa de la vida; á nuestros hijos recordará nuestro amor; y á las generaciones venideras les quedará en él un recuerdo de la conversion de Zahra, un monumento de la religion viva de esta y de Fortun.

Una escesiva alegría, como un pesar extraordinario, embargan á las veces el ánimo, y hasta llegan á privarlo. Los mas ardientes afectos del corazon de Zahra brotaron de repente y le apagaron la voz: reclinada sobre el hombro de Fortun, con el escapulario en la mano, permaneció unos momentos en silencio, sumergida en un parasismo de placer; hasta que el ambiente suave de la noche, perfumado con la fragancia de los tomillos, serenó su frente encendida, y aplacó la agitacion de su pecho: entonces abrió los ojos hermoseados por la luz de la luna, y mirando á Fortun con cariño le dijo:

—No sé amigo mio lo que pasa por mí; tiembla todo mi cuerpo y mi cabeza se desvanece. En un principio te amé porque no podia menos de amar; ahora amo porque no puedo menos de amarte; y este amor puesto al abrigo, como tu me dices de la religion cristiana, me ofrece delicias tan grandes!... veo abrirse á mi vista un porvenir tan halagüeño!...

—Ese amor, esas delicias, hija mia, son fruiciones que la misma Virgen que tienes en la mano, derrama desde el cielo sobre tí, para premiar anticipadamente el cariño que has comenzado á profesarle.

—Y del que quiero darle una prueba auténtica muy pronto. Mira Fortun; mañana mismo, voy á recoger en una caja todos mis diamantes, todos mis corales, todas mis perlas y todas mis diademas; bajaremos á la sala de armas á tomar una de las banderas blancas; tú perfilaras en ella una cruz como la que llevas en la coraza, yo la bordaré al instante, la alzaré tambien en la caja de los diamantes; y lo dedicaré todo á la construccion del templo á la Virgen en este monte, donde la he conocido, y donde me ha enseñado á amar de otro modo que yo amaba: mientras vaguemos en nuestro viaje, dejaremos oculto el

cajon; y á la vuelta, cuando la Virgen nos haya traído sin novedad; comenzaremos el trabajo: yo te entregaré la bandera, y tú como vencedor la plantarás en el tejado: qué te parece Fortun? prosiguió sonriendo.

—Que se me figuran siglos los momentos que faltan para aquel día.

Zahra continuó despidiendo por los ojos torrentes de gozo y de candor.

—Fortun, cuando vivamos casados en el castillo; donde tal vez querran vivir tambien en nuestra compañía Bernan y tu hermana Isabel; con qué gusto veremos desde nuestra cámara el templo de la Virgen! con qué gusto veremos tremolar la bandera que yo misma habré bordado! cada vez que la veamos nos recordará esta noche de amor...

La pasion ahogó su voz.

—Esta noche, prosiguió Fortun enagenado, en que me siento mas grande que nunca: tu Zahra, añadió tomándole la mano, tu y el cielo os empeñais en colmarme de placer; mira, mira que noche tan hermosa; mira la luna rodeada por una aureola de colores divinos; mira cuanta estrella y que brillante; qué nubes tan caprichosas! qué aire tan suave! qué olor tan delicado!... y luego tus palabras, tus palabras que corren por mis venas cual sillio de amor que me estremece... cuándo he experimentado una noche semejante á esta?... eternamente permanecerá grabada en mi corazon con un sello de fuego...

—Y en el mundo con el templo de la VIRGEN DEL MONTE, respondió Zahra tan conmovida como Fortun: no me contento con que tú y yo nos acordemos de ella; quiero mas, quiero que el mundo, que nuestros hijos, que las generaciones que nos sucedan sepan tambien lo mucho que amó á un cristiano la Princesa de Cervera; y las dulzuras que la madre de Cristo derramó sobre su alma en recompensa de haber abrazado la religion de su hijo: y sino es bastante para ello la bandera que bordará mi mano, yo misma lo estamparé en las paredes del templo.

—Calló Zahra, y los dos quedaron sumergidos en un silencio profundo: era el silencio del amor.

Fortun agarraba con ambas manos una de las puntas del

manto de Zahra; y Zahra cerró los ojos y dejó caer la cabeza sobre el hombro de Fortun. Las palpitaciones del pecho de la mora hacian temblar el pecho del cristiano.

Una nubecilla que cubrió la luna, oscureció la naturaleza; pero en cambio dibujaba en el azul del éter sus risueños contornos de jacinto y de coral.

La cueva de Marimon ofrecia mas al vivo su boca de ascua, y el castillo se desplegaba al frente de nuestros amantes como un gigante inmóvil, sombrío y taciturno.

El clarín de los alfaraces llamó á la oracion; y su voz aguda y sonora despertó á Zahra y Fortun del parasismo que los embriagaba. Se levantaron asustados: se miraron uno á otro y se sonrieron con mas halago que el porvenir sonreía á sus ojos. Zahra se apoyó en el brazo de su amigo; y satisfechos como la niña de quince años que despierta de un sueño placentero, comenzaron á andar hácia el Poniente; es decir comenzaron á deshacer el camino que habian traído.

—Zahra, decia Fortun, mientras marchaban: esta es una de las últimas noches en que acudimos al Alhatema de los musulmanes.

—Es verdad, contestó Zahra, reconociéndose con gracia el manto de seda que le arrastraba por los espiegos y tomillos; despues que hayamos vuelto de nuestro viaje; cuando los musulmanes bajen á hacer la oracion en la Mezquita; tú, Hernan, Isabel y yo, vendremos á la VIRGEN DEL MONTE á orar delante de Cristo y de su madre.

—Y en medio de la oracion, hija mia, recordaremos esta noche en que los ángeles han soplado nuestro amor, para acabar de atraherte por este medio á su sagrada religion.

Aun volveremos á escuchar los coloquios de Zahra y de Fortun antes que entren en el castillo; pero dejémoslos un momento para dirigir una ojeada detenida sobre Ali, del que apenas nos hemos ocupado despues que abandonó la guerra y los galanteos, para dedicarse exclusivamente al estudio de la magia.

## CAPITULO IX.

### LA CUEVA DE MARIMON.

Ya conoce el lector la situación de esta cueva abierta al Occidente del castillo, debajo del Peñon, sobre el cual vuela el Paraiso de la Princesa: su boca alta y tan estrecha, que apenas cabe á entrar una persona; mira al Oriente; y dá origen al barranco de Tollo, que principiando en un canal estrecho y profundo, se va ensanchando considerablemente á medida que se aleja de ella, hasta el punto en que comienza á poblarse, y despues de circunvarlar la falda oriental del castillo, encuentra su Mezquita (hoy San Gil), y empalma con el resto de Cervera.

La cueva de Marimon es por dentro irregular y sombría, aunque tiende á la figura ovalada; su suelo de arena, sus paredes groseras como obra de la naturaleza; y en ellas se encuentran algunas socarrenas ó agujeros abiertos á pico. En aquel tiempo se desprendia de la techumbre incesantemente y por intervalos iguales una gota de agua que el hijo de Mahomet recogia en una vasija de cobre puesta debajo, en la que producía un ruido monótono y mesurado semejante al que produce el péndulo de un reloj de pared.

Los siglos han hecho sufrir algunas modificaciones al in-

terior de la cueva, pero la gota de agua aún se desprende en ciertas estaciones del año en la misma forma que entonces se desprendia.

Entrando á mano derecha se alzaba hasta la cintura un hornillo de arcilla donde la llama azulada y constante del azufre, calentaba lentamente una redoma de vidrio puesta sobre dos pedazos de amianto á manera de trébedes.

El negro acurrucado en un rincon bajaba la cadena del fuelle; y Ali estaba manobriando en una mesa brusca de piedra, que tenia en medio de la cueva atestada de papeles de Africa y de pergaminos, todos escritos.

No era Ali aquel mancebo arrogante que conocimos; no era aquel mancebo de talle esbelto, de noble presencia, de buen personal, no: Ali hoy se hallaba en camisa, y solo un pantalon negro, ancho y destrozado bajaba en desiguales pliegues desde la cintura hasta las rodillas. Hábiase descarnado su semblante y hundido sus ojos; la larga barba le llegaba hasta el pecho y la cabellera enredada hasta la espalda; el color de su rostro se presentaba pálido; y por las sienes y por las mejillas, le caian carreras de sudor que habian manchado el cutis impregnado ya en el humo del azufre. La mirada vaga y penetrante de sus turbias pupilas; los movimientos nerviosos de los brazos, y el quegido estentóreo del pecho que se oia de cuando en cuando; ponian bien al claro las aberraciones que cruzaban su mente.

Desde que se cerró en el fatidico elaboratorio prescrito por sus abuelos, los Elymas del Asia; se habian fijado con imperio en su cabeza tres ideas que lo anonadaban; la redoma ardiendo sobre el azufre, la hermosura de Zahra, y la venganza contra Fortun: tres ideas que siempre tenia presentes; tres ideas que no podia borrar de su espíritu; que lo cansaban, que lo afligian como un enorme peso que se desplomara sobre su cerebro. La rabia, el amor, una esperanza anhelada é incierta, le hacian crujir los dientes; le hacian temblar los labios... en vano, en vano en el silencio de la cueva, en la oscuridad de las tinieblas cerraba los ojos por apartar de sí aquellas tres imágenes; en vano se pasaba la mano por la frente y se arrancaba

los cabellos á puñados; eran tres sombras... eran tres fantasmas que le seguían por do quiera... tres fantasmas que le acosaban día y noche... tres fantasmas que daban por la cueva tantas vueltas como él mismo dabá... y al encontrarse en una situación tan cruel; y al verse acosado por su misma conciencia; rompía su maligno corazón en una estrepitosa carcajada de despecho que se repetía vibrante en todas las profundidades de la caverna...

Ya se acercaba el momento de sus deseos; veinte y cuatro horas faltaban según la palabra de Mahomet para que la posición formase espuma azul; SEÑAL DE OPORTUNIDAD: pero Ali estaba muy agitado: cada instante que pasaba era para él un siglo que se precipitaba en el abismo del tiempo. Si Zahra y Fortun huían pronto del castillo como les había oído decir; si huían antes de resolver él el problema del nudo trece, todo era perdido para él; porque él no ambicionaba ciencia sino venganza.

Algunos días hacia que repasaba ávido sobre la mesa los pergaminos de los sabios anteriores, para no desperdiciar la mas leve circunstancia que pudiera contribuir á la perfecta solución del problema. Así se hallaba al oscurecer, cuando las pisadas sobre su cueva, de Zahra y Fortun quejiban á paseo, hicieron palpar con fuerza su corazón. Oyó aproximarse mas que otras veces la dulce voz de Zahra; aquella voz que le hacía temblar mas que todas las tempestades que amenazaran su existencia: abandonó con desprecio al escucharla los pergaminos que ojeaba; se precipitó impaciente sobre la boca de la cueva y torciendo hácia arriba la cabeza como acostumbraba; observaba con asombro que se iba debilitando, cual si se alejaran, el eco de sus enemigos.

Creemos no habrá necesidad de recordar al lector que estas escenas sucedían cuando los dos amantes salieron á dar su paseo nocturno. A los pocos instantes tomaron un angosto sendero hácia el Oriente que conducía á la colina que ya conocemos, con cuyo motivo se ofrecían de espalda en su marcha á los ojos de Ali.

Quando este, que permanecía absorto en la boca de la caver-

na, conoció que sus enemigos no estaban en el Paraíso de la Princesa, ignorando por otra parte la dirección que habían tomado; cuando este los distinguió perfilados en el horizonte azul, deslizándose suavemente sobre la alfombra de romeros y tomillos, apoyado el uno en el brazo del otro; experimentó una sensación mas violenta que si hubiera descargado en su pecho una corriente de electricidad. Abrió los ojos todavía mas; estiró mas el cuello, y no perdió uno de sus movimientos, hasta que los vió sentarse en la cúspide de la colina.

Allá se distinguían en la transparencia de la atmósfera, como los ángeles que un pintor maestro traza con aguadas confusas y fantásticas en el último término de su cuadro.

Alí estático, con la boca abierta, sin pestañar, sin alentar; mira aquellos dos bultos que no había visto desde que se cerró en la cueva; mira aquellas sombras que para él eran las sombras de la venganza y del amor.

De repente, en medio del silencio que le rodea suelta una amarga carcajada que repite el eco del barranco; y se mete en el seno de la cueva. Pero sus miembros continuaban temblando.

Después, poniéndose erguido y encarnado; estirando la mano derecha en dirección de la colina, y señalando con la izquierda la fragua que ardía lentamente, murmuró con voz ronca y apagada.

—Caeréis bien pronto bajo ese fuego, como dos mariposas caen bajo el fuego de una luz.

Y se sentó junto á la mesa de piedra.

Entonces, procurando aplacar en vano su agitación, comenzó á desarrollar un lio de pergaminos y á leer en todos ellos como si buscara alguno con sumo interés. En el primero decia:

LOBEID.

*Un cielo estrellado es el libro del porvenir; el que lea en él: leerá en el porvenir.*

—No es este; dijo arrojándolo al suelo; este ya dió su fruto á Daldal: yo quiero adelantar mas; yo estoy destinado á resol-

ver el problema que comenzasteis vosotros, ó sabios: yo quiero el nudo trece, porque el nudo trece me dará la venganza... me dará la vida...

Todos los papeles que repasaba Alí estaban escritos de mano de Lobeid, de Casia, de Apolonio, de Daldal y de Mahomet; todos llenos de sentencias que tendian á descubrir la verdad que Alá presentaba entre sombras: todos estos pergaminos habian sido respetados con veneracion por los sabios; y Alí, el jóven Alí, los tiraba al suelo con desprecio; porque Alí no trataba de dar cual los otros, su paso en la gran ciencia; trataba solo de poder satisfacer su ira...

Fuera el objeto el que quisiera; la hora presente y la cueva de Marimon eran las mas apropiadas para trabajar en la magia.

Todo calla; el fuego del azufre alumbra con su fulgor misterioso el laboratorio; y únicamente se oye el ruido monótono de la gota de agua que se desprende del techo, y el soplo del gran fuelle que aviva la fragua.

Alí fué revisando varios pergaminos que tiró al suelo como los demas. Luego tomó otro en el que se veia escrito en hebreo.

#### JHOVA.

—O palabra misteriosa!... exclamó levantando los brazos; oh palabra terrible!... tu poder se estiende sobre judios y musulmanes; tu eres el alma de la ciencia; sin tí nada hubiera sido Lobeid, nada seria yo ahora... no; no podria vengarme de aquellos que respiran amor en aquel monte...

Y se asomó á la boca de la cueva.

—Yo pereceria, y ellos vencerian; ellos se engolfarian en sus delicias; y yo... el valiente Alí se veria obligado á huir del castillo de Cervera... no; tengo en mi poder la cuerda de los once nudos; y la sacó de la caja de Agata; vedla... murmuraba entre dientes, suspendiéndola furioso de la mano; vedla... no... no gozarás vil cristiano de esa jóven que es mia; hoy soy vuestro esclavo... mañana seré vuestro rey, seré vuestro verdugo. Mirad, mirad la redoma que ha de sacrificaros y ha de

vengarme... Tú... prosiguió entrando en la cueva y dirigiéndose convulso á aquella; tú que hierves constantemente como mis deseos... tú que depositas las sales, los metales mas preciosos que yo mismo he arrancado al seno de la tierra; tú aplacarás el fuego de mi corazon... tú me vengarás... arde... arde... veinte y cuatro horas faltan para que me vengues. Pero ó Alá!... gritó arrancándose los cabellos; veinte y cuatro horas para quien ama... veinte y cuatro horas para quien padece... veinte y cuatro horas para quien pide venganza... son veinte y cuatro años... son veinte y cuatro siglos... es un tiempo sin fin...

Alí fatigado reclinó la cabeza sobre la fragua, junto á la cual estaba; y una llamarada de azufre le abrasó los cabellos.

Pasado algun rato fué á la mesa con un sobrealiento que lo fatigaba, y dijo á media voz como desvanecido:

—Amor... venganza... no perdamos tiempo; el instante se acerca.

Y comenzó á registrar pergaminos.

B. G. Monumental de la Alhambra y Generalife  
CONSEJERIA DE CULTURA

MAHOMET,

leyó en uno.

—Esté, este es el que busco; quince años hace que me lo dictó mi padre en la Mezquita de Córdoba cuando salió contra los cristianos, y lo quemasteis, pérfidos!... yo tambien te quemaré á tí...

Esclamó dirigiendo el brazo hácia la colina donde estaba Fortun.

En seguida leyó con anhelo:

*Tres son los puntos que hay que desentrañar para resolver el problema del nudo trece.*

1.º *Encontrar en la multitud de estrellas que esmaltan el cielo, la constelacion, el simbolo que lo comprende.*

2.º *Desentrañar por medio de anagramas la significacion que encierra el simbolo.*

3.° *Ejecutar al fuego del azufre las elaboraciones que prescriba.*

Los elementos espesados en el pergamino, combinados en secretas proporciones, arderán á un fuego constante é igual de azufre cuarenta y dos dias.

—Sí, todo está bien; murmuró Alí poniendo el codo sobre la mesa; y la cabeza sobre la mano en ademan reflexivo; carbono, arsénico, sal comun, sí; todo lo que Mahomet dice, se funde en la redoma... ella dará su fruto. Cuarenta y dos dias... mañana se cumplen: mañana á la primera vigilia de la noche temblará ante Alí el castillo de Cervera; Alí será mañana omnipotente...

Entonces fijó el oído, calló, y le pareció que el fuelle no soplaba con la igualdad que debía: volvió la cabeza y vió que la fragua se debilitaba; se levantó furioso, se acercó al negro que se recostaba en la pared rendido por el sueño, y le arreó en las espaldas un latigazo tan fuerte que se las cubrió de sangre.

El negro dió un rugido abriendo los ojos, y comenzó á tirar la cadena con ligereza.

Alí le pegó otro latigazo en las piernas, y el negro acurrucándose volvió á tomar el compás que tan caro habia perdido; esto es, volvió á dar veinte y ocho compresiones por minuto.

—Un fuego lento y constante ordena Mahomet: murmuraba Alí, sentándose en la mesa.

Y volviendo á leer en el mismo pergamino prosiguió:

*Si al fuego del azufre pudiera substituirse una manga de electro se adelantaria en un solo dia el trabajo de tres generaciones.*

—¡O electro!.. exclamó levantando los ojos: ó tempestades!... quién pudiera arrancar de vuestro seno un relámpago... una centella.

Mas abajo leyó.

*¡Ay de aquel Elymas!... ay de aquel Elymas que arrastra-*

do por la envidia, por el orgullo, ó por la venganza, emplee en alguna persona la cuerda invisible con sus trece nudos; ¡anatema sobre su alma! pesa sobre su cabeza la vida de todos los sabios que han sucumbido en el trabajo de la verdad: Lobeid lo dijo.

Alí quedó pasmado un momento; inmóvil, con el pergamino abierto, sia saber lo que le sucedía: pero de repente estalló su rabia y gritó con la furia de un energúmeno.

—Qué pesa sobre mi alma un anatema!... qué pesa sobre mi cabeza la vida de todos los sabios!... y qué me importa? Mahomet; no, no escucho en esta ocasión tu voz; quiero dar salida á la rabia que me abrasa las entrañas; quiero desahogar el volcan que me sofoca... miralos, miralos gozando y yo padeciendo...

Y se asomó de golpe á la boca de la cueva.

La luna se desplegaba entonces con magestuoso esplendor; y su luz permitía descubrir con claridad los contornos de Zahra y de Fortun.

Encendida mas y mas su exasperacion por el rayo de los celos, frenético con voz ahogada y con la vista turbia murmuraba:

—Sí; me vengaré aunque perezca la cuerda de los once nudos; me vengaré aunque pese sobre mi alma la muerte eterna, la condenacion de tantos sabios... Lobeid, Daldal, Mahomet, hundios vosotros en el infierno y dejadme á mi respirar... no... la cuerda de los once nudos no abrirá vuestros sepulcros; permaneceréis en ellos toda la eternidad... á mi que me importa? con mi venganza yo no conozco amigos, yo no conozco deberes, yo no conozco á nadie... yo quiero despedazar á ese cristiano... yo quiero enterrar á la mora en el abismo; yo quiero vengarme... sí... vengarme...

Pronunció las últimas palabras sin claridad; porque la ronquera entorpecía su garganta; y rendido se dejó caer sobre la mesa.

—No... continuó á luego con un ronquido áspero y levantando la cabeza; no me arredra la voz de los sabios; su pre-

cepto es una injusticia; Daldal que me habla, duerme tranquilamente en el Egipto; Mahomet duerme en Toledo; y yo... yo sufro en esta cueva los rigores de una condenacion horrosa...

En la frente de Ali se veia pintada la calentura que producía delirio tan frenético.

—Y yo veo deleitarse en el amor á mis enemigos... no; repetió con mas fuerza saliendo á la puerta de la cueva con el pergamino en la mano: ¡que se aplasten las generaciones pasadas! que perezcan por mi culpa las generaciones venideras... yo quiero venganza... yo respiro venganza... mirad, mirad el caso que hago de los preceptos de Mahomet: y rasgando el pergamino lo hizo pedazos que arrojó al barranco: yo quiero venganza... así os despedazaré también á vosotros, fementidos; prosiguió luchando con la rabia y el abatimiento, al paso que fijaba los ojos en la colina: pero los dos bultos habian desaparecido.

Su mirada se perdió en el perfil de los montes y en el vacío plateado de la atmósfera.

—Han marchado... exclamó con un gemido valvuciente: y convulso se hincó de codos en la enorme piedra que cubria la mitad de la puerta de su caverna, esperando escucharles al pasar la conversacion, porque á manera de tigre rabioso se saboreaba en oír el eco de las víctimas que preparaba para saciar su furor.

Con efecto, Zahra y Fortun, avisados por el clarín del castillo, comenzaron la marcha por el mismo sendero que habian traído, como ya sabe el lector; y andaban sobre aquella colina hermosa, mecidos por sus halagüeñas esperanzas, y arrullados por el ambiente placentero que sereaba sus frentes abrasadas por el amor.

A medida que sus pisadas se iban dejando oír desde la cueva de Marimon, estiraba Ali el cuello, avivaba el oído, y abría los ojos para entender mejor las palabras de Zahra que decía:

—Toma Fortun, el escapulario de la Virgen; distraída con

los halagos que me proporciona tu compañía no me he acordado de devolvértelo. —Te lo he entregado hija mia, respondió Fortun, para que lo conserves en tu pecho; es el único don que hoy puede entregarte mi cariño, lo aprecio mucho porque me lo regaló mi hermana como sabes; y quiero depositarlo en tí: por otra parte, no es la imagen grabada en él la que tantas delicias te ha ocasionado esta tarde? la que ha abierto á nuestros ojos un porvenir tan dichoso? pues bien, consévalo y ella hará caer copiosamente sus gracias desde el cielo sobre tu corazón.

—Lo recibo muy gustosa; pero guárdalo tu estos dias; porque si en el baño ó en otra parte me lo descubren los ayos, quedarán frustrados indudablemente nuestros proyectos.

Y alargando la mano lo entregó á Fortun que lo colocó dentro de su almilla.

—Cuando hayamos vuelto de nuestro viaje, replicó Zahra más animada; y cuando hayamos edificado el templo de la VIRGEN DEL MONTE y vayamos tú y yo á orar en él, entonces llevaré pendiente de mi pecho el escapulario, y haré gala de atribuir á él los encantos que he gozado esta tarde, y que no se borrarán de mi memoria en la vida.

Allí estiraba cada vez mas la cabeza, abria los ojos con más fuerza; y aplicaba el oido con mas avidéz; porque la voz de Zahra y de Fortun se iba debilitando para él por grados, á medida que se alejaban de la cueva; hasta que subiendo las doce escaleras, que antes habian bajado; y entrando por la puerta Occidental del alcázar dejó de oirse completamente.

Entonces, exclamó entre dientes, con el acento de una ironía estúpida.

—Vais á levantar un templo á la Virgen? qué magnífico será fundado en vuestro amor!... infelices!... repuso con acento sério dirigiéndose á la fragua y removiendo el azufre con un hierro.

—Infelices! esta redoma que arde en la lumbre, será el trono de mi gloria; será la tumba de vuestros amores...

Una hora habia trascurrido despues de dichas escenas. El silencio de la muerte reinaba en la naturaleza: la luna se ha-

bia hundido en el Ocaso: espesos y grandes nubarrones apagaban el brillo de las estrellas; y la oscuridad era tenebrosa. Cervera y su castillo dormían; solo el atalaya de la torre y los dos habitantes de la cueva de Marimon permanecían en vela.

Era el principio de la segunda vigilia cuando Alí, á quien podemos llamar el rey de las tinieblas, dejó un pergamino que repasaba con intencion; tomó un frasquito de vidrio, y pintando en las facciones descarnadas de su rostro una alegría fatídica; esa alegría que debe brillar en el rostro de Satan; abandonó su caverna.

Trepa ágil por los yermos escarpados que forman el barranco de Tollo, y si lo seguimos lo veremos encaminarse por las montañas del Occidente, y andar acelerado hasta que tropezó en un monton de cantos, señal que él mismo habia colocado.

—Aquí esta, dijo; y sacando del seno un cuchillo cortó el sarmiento mas robusto de una cepa silvestre que nacia allí: reogió en el frasco con mucho cuidado las primeras gotas de zumo que lentamente se desprendían de él, y cubriéndolo herméticamente volvió á su cueva mas tranquilo que se habia hallado en todo el dia.

Se sentó junto á la mesa de piedra, colocó en ella el frasco, comenzó á recoger y registrar con la vista los muchos pergaminos que en el frenesí de su calentura habia tirado pocas horas antes; y dirigiendo una mirada alternativa de satisfaccion á la cuerda invisible, al frasco de vidrio, y á la redoma de la fragua:

—O gran Alá! exclamó: ya se acerca el instante de mi venganza.

Y comenzó á leer de nuevo.



después de saludarse ambos con el cariño que lo hacen los, tiernos amantes, dijo aquella.

—Te esperaba Fortun, para que me dirijas, porque ahora mismo quiero bordar la bandera de la VIRGEN DEL MONTE; si vieras como he gozado esta noche... toda la conversacion de ayer se me ha reproducido en ensueños. Ya estaba sin cesar junto á tí que eras mi esposo; ya veia desde las ventanas de mi cámara el templo que habia levantado con mis joyas, y la bandera que tremolaba encima como cuando el viento agita mi manto.

Cuando me he despertado y he conocido que todo era sueño, me he quedado muy triste, y me han entrado unos deseos tan vehementes de ver realizado todo aquello que se me ha presentado en la cama, que quiero comenzar ahora mismo: vamos?

Preguntó al cristiano, levantándose y mirándolo con sonrisa fascinadora, mientras se arreglaba el capellar que se le arrastraba por las alfombras del pavimento.

—Sí; vamos, respondió Fortun, asiéndole la mano: todavía son mayores los deseos que yo tengo de dar principio á nuestra obra: pero qué hacemos? preguntó extrañado, que se dirigieran fuera de la cámara.

—Ahora, contestó Zahra, bajamos á la sala de armas á tomar una de las banderas del castillo para bordarla.

—Tienes razon.

Y los dos se deslizaron por las sombrías escaleras del torreón hasta penetrar en la sala de armas que aparecía imponente, alumbrada tan solo por la escasa luz que penetraba á espensas de un órden de troneras abiertas bajo el techo.

Contribuian tambien á la gravedad de la habitacion las armaduras y blasones que habia colgadas simétricamente en las cuatro paredes.

Las banderas estaban suspendidas en la bóveda, y se componian de un lienzo fino de una vara en cuadro poco mas ó menos, con un escote entrante á manera de triángulo que formaba dos picos en uno de sus lados. Como el asta permanecia fija en la torre del homenaje, y solo se destrozaba y por lo tanto

solo se renovaba el paño, tenían las banderas en el orillo opuesto á los picos unas trezaderas para atarlas al asta.

Digamos por último que todas eran blancas, porque el color blanco fué el distintivo de los Omiades, que como hemos repetido tantas veces, fueron los moros que entonces reinaban en España.

Fortun descolgó una, y ocultándola Zahra bajo el manto, subieron alegres á la cámara de esta.

El hijo de Hernan, enchido de un fuego religioso, y lleno de orgullo al ver que comenzaba su triunfo; dibujó en ella con un lapiz á presencia de Zahra, que lo miraba sonriendo, una cruz airosa, se mejante á las que despues se han conocido con el nombre de cruz de Malta; y de las manos del cristiano pasó en seguida á las manos de la mora, para que ella imprimiera tambien en aquel lienzo el sello de su fé.

—Qué bonita! me gusta mucho; dijo esta al recibirla; y la colocó tirante en un pequeño bastidor de mano.

—De que color la bordo?

—El terno de la Virgen es azul...

—Azul... qué bien! respondió sonriéndose, lo mismo que mi manto.

Y quitándoselo de los hombros, descubrió su cintura flexible como el tallo de una rosa, graciosamente ajustada por una faja verde con caireles de oro. Asi desembarazada se sentó en medio de la habitacion en un banquillo de cedro con tapete de púrpura; se quitó tambien el turbante que colocó junto á sus piés, y descubrió su hermosa cabeza; cuya cabellera caía en seis trenzas con lazos de cinta sobre sus satinadas espaldas de alabastro. Hizo á Fortun sentarse á su lado; aseguró el bastidor sobre sus muslos y se puso á perfilar con seda azul la cruz que habia señalado su amante: pero al clavar la aguja en el lienzo por vez primera, se paró de repente: un estremecimiento involuntario se apoderó de su cuerpo, y tembló su mano.

—Tiembblas? le preguntó Fortun advirtiendo lo que pasaba por su alma; estas trazando el símbolo de la religion de tu esposo....

—No, no tiemblo contestó levantando la cabeza con decision y sonriendo dulcemente; no lo ves? prosiguió comenzando la labor.

A los pocos momentos se encontraba ya perfilada la cruz, porque el amor habia conducido la mano de la Princesa. Jamás se habia hallado esta mas hermosa que el instante en que entregó la bandera perfilada á Fortun: su cuello estaba lustroso como el de un cisne, su rostro encendido; su mirada expresiva; su frente serena.

—Toma, dijo al alargarsela, ya he prestado el primer servicio á la Virgen; ya soy cristiana.

Fortun la recibió con enagenamiento; y tendiéndola sobre un banquillo, se hincó de rodillas delante de ella.

Zahra hizo lo mismo que su amante; se arrodilló á su izquierda, cruzó las manos é incluyó la cabeza.

En semejante postura continuaron los dos jóvenes algunos instantes absorvidos en una fervorosa oracion.

Esta oracion, emanada de dos tiernos y sencillos corazones; pronunciada con resolucion en el centro de un castillo musulman, la recibieron desde el cielo los ángeles; y la ofrecieron al Altísimo que desde su trono derramó su bendicion sobre los jóvenes que oraban. Pero ah! la bendicion de Dios cuando recae sobre sus escogidos, va muchas veces seguida de grandes padecimientos en este mundo, para ofrecerles despues una palma mas gloriosa en el otro.

Zahra y Fortun se levantaron satisfechos de su obra; se miraron el uno al otro y se acariciaron mutuamente con una sonrisa de candor.

Mientras la primera comenzó á bordar la bandera de un modo parecido á lo que hoy llaman realce; el segundo tomándole la mano con pasion y confianza, se retiró de la cámara despidiéndose hasta la noche; porque solo se le permitia visitar la Princesa, y no era poco, una hora concluido el baño, y otra al salir de la oracion de la tarde.

—Cuando vuelvas, le dijo esta con cariño, acompañándole hasta la puerta, te guardaré un regalo que apreciarás sobremanera.

Fortun se sonrió y bajó las escaleras.

Zahra volvió á sentarse en el mismo banquillo; tomó el bastidor con anhelo y echándose á la espalda con un gracioso movimiento de cabeza las trenzas de cabellos que la sofocaban; dió principio al bordado de aquella cruz que habia de publicar al mundo su amor y su nueva religion.

Despues de la oracion del medio dia; acabó Zahra su labor; la suspendió de ambas manos, la miró, le pareció muy bien, la besó y la ocultó en seguida debajo de sus cogines.

Tomó á continuacion una cajita de ciprés perfectamente bruñida, la puso abierta sobre un taburete; y con la inocencia y la alegria de una niña que arregla sus muñecas; y con el ardor de un atleta que se dispone á la lucha; fué metiendo en ella las diademas mas preciosas, las perlas mas finas, los corales y los diamantes mas gruesos que su padre le habia hecho traer del Africa para adornar su hermosura.

Sacó la bandera de donde la habia escondido; la plegó de modo que viniera justa á la anchura de la caja para evitar que se arrugara, y la colocó cubriendo tambien con ella la rica pedrería que habia metido.

Pero Zahra no se contentaba con lo hecho, queria mas; queria dar un testimonio mas claro al mundo, á Fortun, y á su propia conciencia de la pasion que la devoraba, y de la sinceridad y fuego con que amaba á la Virgen madre de Cristo. Quiso en una palabra imprimir sus afectos y sus deseos en un pergamino.

Y esto es muy natural en una alma encendida por el amor: hay momentos de exaltacion; hay circunstancias, tal como la presente de Zahra en que uno siente latir el corazon con mas fuerza, siente dilatársele el pecho y abrasársele la frente: hay circunstancias en fin, en que uno no se basta asimismo, en que sus propias afecciones no caben en su interior, brotan, pululan por salir; y entonces parece que se ve obligado á tomar la pluma: la toma involuntariamente y las graba en un papel.

Esto es muy general; esto ha sucedido en todos los tiempos y no puede menos de suceder mientras el hombre sepa sentir.

En el siglo XIX se ha hecho mas comun: apenas hay en

este siglo jóven que á los diez y ocho años no haya escrito una décima ó comenzado una novela.

A este arranque instintivo de la humanidad debemos tantos monumentos, que nos legó la antigüedad: se entusiasmaba un pueblo, padecía una nacion, y al instante immortalizaban, perpetuaban la memoria de sus padecimientos con un templo, con un castillo, con una pirámide.

A este arranque instintivo deberá tambien la posteridad el santuario que la Princesa de Cervera se propone hoy edificar con sus joyas; la bandera que ha bordado con su propia mano; y el pergamino con que su espíritu infantil quiere halagar el cariño de su amante.

En estremo distraida Zahra en buscar por acá y por allá los aderezos mas preciosos para regalarlos á su próximo esposo dedicándolos á la Virgen, no apercibió que la tarde se deslizaba suavemente, y cuando tomó el lapiz y el pergamino para trazar en él, los rasgos que su amor le dictara; advirtió que la noche, pero una noche serena, se iba apoderando de la naturaleza.

Al observar la palidez del crepúsculo se apresuró algun tanto, porque el crepúsculo era la hora en que Fortun subia á sacarla á paseo, y para cuando él viniera, queria tener concluida su obra: asi es que sentándose bajo la ventana para aprovechar la última ráfaga de luz que penetraba por ella, puso sobre las rodillas el pergamino, y escribió anhelosa los siguientes renglones.

*Yo, Princesa de Cervera, regalo á Fortun las joyas mas preciosas que poseo, en prueba del amor que le profeso; joya la mas estimable, para que edifique con su valor, el templo á la VIRGEN DEL MONTE, que es quien me ha enseñado á amar de otro modo mas dulce que el que yo amaba, y me ha acogido bajo su religion.*

*Tambien te dedico á tí, Fortun, la bandera que yo misma he bordado, para que tu la plantes en el tejado de la Virgen y enseñe á nuestros hijos á amarse como nosotros nos hemos amado.*

Al escribir las últimas palabras se abrió la puerta y apareció Fortun.

—Que haces, le preguntó viendo que se sorprendía á su llegada.

Entonces se levantó Zahra risueña; le enseñó la caja con la pedrería y la bandera, y en seguida le presentó el pergamino que acababa de escribir.

Entendiendo Fortun despues de leerlo, que todo se lo dedicaba á él, como si de ese modo fuera mas agradable á los ojos de María, sintió un placer tan grande, y se enterneció de modo que no acertaba á espresarse.

Pasado un momento le dijo conmovido.

—Por qué hija mia, me dedicas á mi este obsequio? el cielo se alegraria mas si la Reina de los ángeles los recibiera directamente de tu mano.

—No Fortun; respondió con ternura: tú eres quien me ha incitado á querer á la Virgen, y tú eres el medianero entre ella y yo.

Cada palabra de Zahra encendia mas y mas el amor de Fortun, que anhelaba por instantes huir del castillo para hacerse dueño de aquel precioso tesoro; de la hija del Emir; sin la cual ya no le era posible respirar.

—No, hija mia, le dijo despues: no tenias necesidad de haber escrito ese pergamino: Jesucristo penetra en los mas escondidos pensamientos de sus criaturas.

—Es que lo he escrito, respondió; para alzarlo tambien en la caja de las joyas, y gozar despues en leerlo cuando vivamos felices en nuestro castillo.

—No te sucede á tí lo mismo lectora?... si tienes la edad de Zahra tendras los mismos deseos que ella; y en este caso dime, no formas algun ramillete, no escribes algun lema para complacerte en ellos cuando has conseguido tu anhelo y esclamar entonces con cierta especie de orgullo agradable: mas desgraciada era cuando escribí este lema, cuando corté estas flores?

Fortun le besó la mano diciéndole:

—Mira que ya se hace tarde: dime que disposicion hemos

de tomar acerca del tesoro para salir á dar el último paseo en el castillo.

Zahra colocó el pergamino dentro de la caja sobre la bandera, volvió la tapa, la cerró con llave; y entregándole la llave á su amante añadió.

—Tú verás lo mejor que te parezca: ó nos llevamos la caja, ó la dejamos oculta hasta nuestra vuelta.

—Bien la llevemos, respondió Fortun, ó la dejemos; seria conveniente esconderla fuera del castillo. Si la llevamos podremos salir mañana de la fortaleza con mas desembarazo: y si la dejamos aquí, enterrada fuera de las murallas no queda duda que estará mas segura.

—Tienes razon: vamos á enterrarla en el mismo monte que hemos de levantar el templo. Ya la dejemos ó la llevemos con nosotros; allá no tenemos que temer; la guardará la Virgen.

Y hablando asi se puso el turbante y el manto.

Fortun tomó debajo del brazo la caja, y los dos se dirigieron por el mismo camino que el dia anterior, al monte donde sembraban todas sus esperanzas.

La noche estaba oscura, porque el viento de medio dia acumulaba grandes nubes que cubrian la luna, y no lucia otro astro que el véspero que parecia un punto luminoso allá... en el Occidente.

Alí sintió al instante los pasos sobre su caverna, como siente una araña la mosca que pisa su tela, y segun costumbre se hincó de codos en la puerta de la cueva.

Velados por las tinieblas profundas llegaron Zahra y Fortun á la cúspide de la colina frondosa, testigo de sus amores; y se sentaron al lado de un enebro donde lo habian hecho la tarde anterior.

Despues de descansar un instante, y dar cada uno libre curso á sus reflexiones, habló Zahra primera:

—¡Qué bien estará al pié de este enebro! dijo.

—Aquí habia yo pensado ocultarlo; respondió Fortun.

Y sacando una daga de la cintura comenzó á hacer un hoyo, lo que no le costaba mucho porque el terreno estaba

blando: Cuando hubo profundizado media vara, dijo á su amigo:

—Ya me parece que está bastante hondo.

—Sí; contestó esta levantando el cajon:

—No te molestes Zahra, trae, yo lo hare; la interrumpió Fortun acercándosele.

—No, no; replicó ella retirando los brazos de las manos de Fortun que se lo iba á quitar; este cajon es el cimiento, es la primera piedra del templo de la VIRGEN DEL MONTE, y quiero sentarla yo: déjame para que la Virgen se lo deba á una mora convertida.

Y colocó con cuidado la caja en el fondo del hoyo:

Iba á cubrirlo de tierra pero la detuvo Fortun diciéndole:

—Espera:

Y se cortó del talabarte una cadenita de plata, que dejó caer vertical hasta ponerse en contacto una de las puntas con el cajon y la otra la ató al pié del enebro.

—Con esta señal, añadió despues; no dudaremos luego el punto en que se halla el tesoro.

En seguida Zahra lo cubrió de tierra que pretó con los pies hasta dejarla á nivel del suelo, del que salian únicamente cuatro eslabones de la cadena.

Al reflexionar que habian enterrado en un monte un rico tesoro dedicado á la Virgen Maria; al reflexionar que el amor que los agitaba, habia arrancado de sus almas una resolución tan grande; los dos amantes se sintieron animados por un fervor divino.

Fortun quitándose el casquete, cruzó las manos y se hincó de rodillas junto al enebro. Zahra lo imitó al instante: se hincó tambien de rodillas, cruzó sobre el pecho sus blancas manos, y levantó los hermosos ojos al cielo.

El cielo debió sonreirse: era la primera vez que la Princesa mora hacia la señal de la cruz.

Movido el cristiano por el enagenamiento que lo embargaba, comenzó á recitar la salve: y Zahra afectándose por grados de gozo, repetia las palabras que Fortun pronunciaba.

Habian acabado su oracion, cuando un relámpago cauc-

lar el primer relámpago de aquella primavera; los saludó en semejante postura; y á espensas de esta luz celeste, distinguió Alí desde la cueva á sus envidiables enemigos.

—Es tarde Fortun, te parece que marchemos? dijo Zahra despues de un rato de silencio.

—Sí, vamos, respondió su amigo: y ofreciéndole el brazo que tomó maquinalmente se dirigieron al castillo dejando enterrada bajo un enebro la rica pedrería de una Princesa oriental: pero los ángeles la volaban desde el paraíso, porque se la habia dedicado á la Virgen el amor puro de dos tiernos corazones.

Cuando llegaron á la plazuela que se forma debajo de las murallas, sobre la cueva de Marimon, se detuvieron un momento nuestros amantes, á contemplar la vista pintoresca que ofrecia á lo lejos el barranco de Tollo, donde rielaba la multitud de luces que en intervalos variados se descubrían por las ventanas.

Zahra exhaló un suspiro.

—Mañana á estas horas, exclamó con tristeza, ya andaremos por esos campos para mí desconocidos.

—Si hija mia, mañana á estas horas ya se verá premiado mi amor.

—A qué hora hemos de salir?

—Así que asome la luna en el horizonte.

Zahra y Fortun hablaban con descuido sobre el borde de la cueva, y cinco varas mas abajo de sus piés, asomaba la cabeza del sagaz Alí que no perdió una sola palabra del diálogo.

Zahra y Fortun no ignoraban como todos los musulmanes de Cervera, que Alí habia establecido en dicha caverna su laboratorio mágico; pero aplicando á él muy razonadamente las tradiciones de sus antecesores Daldal y Mahomet, lo suponían entregado á la ciencia con avidez, y abstraído enteramente del mundo; infelices! erraban en sus creencias!...

El clarín de la plaza les hizo subir rápidamente las escaleras de la puerta Occidental y cortar su dulce conversacion.

Al día siguiente se percibió desde las primeras horas de la

mañana un movimiento poco acostumbrado en la cueva de Marimon.

Alí no menos agitado que otras veces, pero manifestando en las facciones de su rostro, que aquella agitacion provenia de una esperanza demasiado halagüeña; se ocupaba en rollar todos los pergaminos tirados por el suelo que iba alzando en los muchos agujeros con tela de arañas que habia en su caverna.

Después limpió con un trapo la grosera mesa de piedra; colocó sobre ella la caja de ágata con la cuerda de los once nudos; á su lado puso una piel de gato negro recién muerto; puso tambien un pergamino desplegado con una piedrecita en cada una de sus cuatro esquinas para evitar con su peso que se contragara; y él mas arrogante que nunca, andaba muy oficioso de acá para allá, indicando con su animacion y laboriosidad que habia llegado el dia tantas veces profetizado por los sabios, de resolver el problema del nudo trece de la cuerda invisible: pero el fuelle siempre continuaba soplando, la fragua ardiendo; la redoma en la lumbre, y la gota de agua produciendo su ruido monótono y constante.

De este modo, y entregado Alí á algunas otras ocupaciones análogas al efecto, trascurrió la mañana, y llegó la tarde.

Serian las cuatro poco mas ó menos, cuando abrió una alacena y tomó un frasquito de vidrio que arrimó á la caja de ágata, y se sentó á la mesa.

Su rostro se revistió de un aspecto sombrío y reconcentrado, y con una calma terrible comenzó á leer en el pergamino desplegado. Decia así:

**MAHOMET.**

*En nombre del Profeta á quien sirvo.*

**PALABRA DE VERDAD.**

*¡O! Elimas destinado por Alá á resolver el problema!*

*Raquel comunicó su ciencia á Daldal, Daldal á Mahomet; y Mahomet á ti; para que tú aproximes un tanto el premio prometido á las vigilias de tus abuelos.*

—Ali tembló de repente y exclamó con voz ronca.

—Para que yo me vengue del cristiano y de la Princesa.

—Despues continuó leyendo:

*Mil diez y seis horas de un fuego lento de azufre, formarán en la redoma una espuma azul y esponjosa que llenará el baso; señal perfecta; el grán Mahoma dirige tu obra.*

—Si; dijo entre dientes inclinando la cabeza sobre una mano en ademan pensativo: bien debe venir; la redoma comenzó á arder á la salida del sol: cuarenta y dos dias tienen mil ocho horas y ocho de hoy hasta que se ponga el sol son mil diez y seis: bien; exclamó levantándose de impróvisio y pegando un golpe en la mesa.

Ellos marchan despues de salida la luna; desde que se pone el sol hasta que sale la luna median dos horas. Oh! volvió á exclamar frenético de alegría; en dos horas tengo tiempo, no para encantarté á tí, Princesa fementida, para encantar al mundo que adorará pronto mi poder; y si la magia de Lobeid no alcanza á tu Fortun por ser cristiano, alcanzaran los filos del puñal de Ali.

Luego prosiguió leyendo en el pergamino.

*La espuma se formará en la redoma seis minutos antes de la concrecion. Durante los seis minutos se agita con fuerza la piel de gato para despertar toda la electricidad que contiene; envuelta en ella se saca de la fragua la redoma: se le añaden dos gotas de savia de una cepa silvestre cortada veinte y dos horas antes; se mete la cuerda con los trece nudos; se pronuncia en silencio sobre su boca la palabra JEHOVÁ; y el problema está resuelto.*

*El Profeta me inspira.*

**MAHOMET-VEN-DALDAL.**

En la gran mezquita de Córdoba.

El sol se iba acercando al Occidente, y en la cueva brillando con mas fuerza el fuego del azufre á espensas de la oscuridad del barranco:

Alí miró á la redoma, segun hacía con frecuencia; y su alma esperiméntó una sorpresa extraordinaria: se conmovió su cuerpo, palideció su rostro, y en sus ojos rasgados se veían pintados la alegría y los deseos.

La masa de la redoma comenzaba á dilatarse, y en la superficie superior formaba un viso azul.

Tembloroso y anhelante Alí como el emperador que va á coger el fruto de veinte años de fatigas y conquistas; como el alquimista que despues de cincuenta años de desvelos siente nacer el oro bajo sus manos; como el hombre criminal, como Satan que va á saciar su venganza largo tiempo deseada; se coloca con la piel junto á la fragua, y con una sonrisa involuntaria y convulsa, mira estasiado como se dilata la masa, como sube por el cuello de la redoma la espuma azul y esponjosa que habia predicho Mahomet con veinte y ocho años de antelacion.

Alí ve su dicha pendiente de un hilo; se halla en el momento mas importante de su vida: la sustancia contenida en la redoma formaba ya la espuma crítica; subia lentamente; pero en aquéllos instantes podia reventar, y su orgullo se hundia para siempre.

El sol habia ya desaparecido y el crepúsculo hermoseaba la naturaleza; pero Alí no miraba, no sentia lo que pasaba á su alrededor... la redoma de la fragua tenia absorvido todo su espíritu... pensaba en el placer de la venganza, y su oido le representaba al mismo tiempo el chasquido del vidrio que saltaba.

En este instante de duda cruel, en este instante de tortura espantosa veia levantarse por grados la espuma; una línea... sólo una línea faltaba para su término, pero esta línea era la mas temible.

La gota de agua que caia en el fondo de la cueva, media aquel tiempo tan precioso; y cada choque que ocasionaba en

la cacerola de cobre, producía un estallido en el corazón de Ali; sembraba una esperanza en su cabeza.

Temblando sobre sus piés; con el cuerpo echado hácia adelante; con los ojos desencajados; bañado en el sudor de la agonia; con los brazos estendidos; esperaba atormentado la señal para precipitarse sobre la fragua.

De golpe alumbró la caverna un resplandor centellante y rojizo; y un ruido profundo, como el hervor de un volcan al reventar, se dejó oír en su seno.

Por fin dió un grito de asombro y la redoma se encontró á luego sobre la mesa envuelta en la piel de gato.

El resplandor que alumbró la caverna se apagó de súbito; calló el profundo ruido, y la cueva durmió en sepulcral silencio.

Aquel resplandor y aquel ruido, eran sin duda la terrible mirada y el bronco resollar de Satanás, que invisible vino á ayudar en su último trabajo al descendiente de Mahomet y de Daldal.

Ali se estiraba con placer porque habia estado contraído; Ali alentaba con fuerza, porque no habia alentado en mucho rato; y después de descansar, después de tranquilizarse, invocó al profeta recitando una breve oracion con la cabeza inclinada; derramó sobre la masa tan apetecida, dos gotas del zumo de parra que le vimos buscar por los montes la noche anterior; y sacando la cuerda de Lobeid, le echó el nudo doce con indiferencia; en seguida el nudo trece con orgullo. Hizo una señal al negro para que se acercara, y teniendo suspendida la cuerda con la mano derecha, le preguntó con los dedos:

—Qué ves en mi mano?

El negro respondió tambien con los dedos.

—Una cuerda.

Ali le hizo retirarse, y el esclavo se acurrucó en su rincón.

Entonces la metió en la redoma; volvió á hacer al Profeta otra breve oracion, aproximó su boca á la boca de la redoma, cubriendo ambas con las manos, y pronunció de cierta manera

particular y misteriosa que era el fundamento de la ciencia, la palabra

## JEHOVA.

Un terrible sacudimiento se sintió en el fondo de la Cueva. Concluida esta ceremonia levantó la cabeza agitado; sacó la cuerda de la importante fusion, la suspendió como antes de la mano, y llamando segunda vez al negro le preguntó con vulso.

—Qué tengo en la mano?

—Nada; respondió el negro.

En el rostro de Ali brilló de repente una alegría furiosa.

Daldal había escrito:

*Si la cuerda se hace invisible con los trece nudos, se ha resuelto el problema; su virtud alcanza á encantar una persona.*

—Ali; todavía mas agitado, preguntó de nuevo al negro:

—Qué tengo en la mano?

—Señor no veo nada; respondió el esclavo sobrecogido de terror.

—Bien; exclamó Ali.

Y dejando la cuerda sobre la mesa, se sentó en el suelo dando un suspiro de descanso.

El negro se acogió á su rincón: la cueva permanecía en silencio.

Ya no se oía el ruido del fuelle, ni el estertor de la llama de azufre; la fragua se había apagado; pero el placer había renacido en el corazón de Ali.

—Mil diez y ocho horas de tormentos han pasado por mi existencia; exclamó mientras descansaban sus miembros y su espíritu fatigados: mil diez y ocho horas de tormentos para mi, y de delicias para ellos! pero hoy se igualará todo; hoy gemirá la mentira, y triunfará la verdad.

Dicho esto se sintió impelido por una fuerza interior; se

levantó veloz, cogió la cacerola llena de agua que gota á gota se habia filtrado de la peña; y con aquella agua pura, se lavó fuertemente los piés, los brazos, las manos, el pecho y la cabeza.

Le mandó al negro que le cortase el pelo, y se arregló la barba con cuidado.

Su rostro limpio y animado por la alegría era otro; era el del antiguo Ali; mas las arrugas que habian grabado en su frente cuarenta y dos días de amarguras y de fatigas.

—Me voy poniendo en disposicion de enamorar; se dijo á sí mismo, y prorumpió en una sardónica carcajada.

Sacó á continuacion un lio de ropa que guardaba en un agujero de la caverna, y arrojando los arapos que le cubrian comenzó á vestirse.

El negro acurrucado en su rincon miraba con las cejas fruncidas semejante cambio.

Allí se calzó unas chinelas de terciopelo verde bordadas en oro; se puso un pantalon negro muy ancho recogido con multitud de pliegues en las rodillas; un chaleco de seda blanco bordado en plata, y una chaquetilla de púrpura con dos gruesos borlones de oro en las puntas de delante; abrochó á su cuello un alquicel blanco y colocó en su cabeza el anchuroso turbante encarnado.

A medida que se cubria con el nuevo traje, iban variando sus feroces facciones, hasta que por último se encontró hecho un jóven arrogante aunque sombrío.

Tomó un puñal que ocultó en el seno; y levantando en la mano la cuerda invisible de los trece nudos, exclamó en una postura enfática y con los ojos hinchados de furor.

—Se que hoy perece la cuerda de Lóbeid; se que hoy descarga sobre mi cabeza la muerte de cinco sabios; se que hoy se estremecen sus cenizas; pero tambien sé que hoy se venga el corazon rencoroso de Ali.

La noche habia cerrado; y en el horizonte sinuoso que forman las montañas del Oriente, asomaba ya el pálido resplandor de la luna.

Para no quebrar la serie general de sucesos; internémonos en el castillo; y retrogrademos algunos momentos.

Era la hora en que el sol sumergiéndose en el ocaso, doraba con su último rayo las almenas de la torre, y reflejaba su plácida luz en la media luna de la bandera; cuando el Emir y su hija salían de la plaza fuerte por la puerta de Oriente; y distraídos en su conversacion, se dirigieron maquinalmente por el paseo de rosales y bojés que desde dicha puerta conduce al baño de la Princesa.

Admiraba y conmovía el cuadro que formaban padre é hija andando de la mano: grave y anciano el primero; jóven y risueña la segunda eran fieles imágenes de la senectud y de la infancia.

Cuando llegaron al jardín del baño bajaron las cuatro escaleras que lo hundían bajo el nivel del suelo; y se sentaron junto á las pieles de la tienda entre la multitud de flores que á porfía abrían las corolas y exhalaban su fragancia.

Continuando el Emir la conversacion que habían traído desde su cámara, le dijo á Zahra con todo el cariño de un padre tierno.

—Hija mia, que deseos tan grandes tengo de verte enteramente feliz.

—Algún dia lo seré padre. Respondió Zahra conmovida hasta el estremo.

—Si hija mia; Fortun te va á ofrecer una vida de encantos, ya lo sé; las simpatías que existen entre tu corazón y el suyo son muy grandes verdad?

—Son unos mismos nuestros deseos.

—No lo ignoro hija mia, repuso Abou-Alhama sonriendo con efusion de afecto: piensas acaso que por que mis visitas á tu cámara son menos frecuentes que antes, te he olvidado? no hija mia: conozco tu situacion; veo el gusto que Fortun y tu teneis en pasear solos, y os dejo: pero cuantas veces desde la ventana de mi cámara os he seguido con la vista y con el corazón! como he gozado mezclándome desde allí en vuestros propios goces!...

Zahra agitada de cariño, besó la mano de su padre y le dijo

—También vos podeis pasear con nosotros.

Entonces Zahra se hallaba embebida en el amor á su padre y solo de él se acordaba.

—No hija mia, la presencia de un padre debe importunar á su hija en las escenas de amor. Ah! cuando yo paseaba con Nocima me hubiera importunado cualquiera.

—A mi no me importunáis vos nunca.

Y se humedecieron sus ojos.

—No te aflijas hija mia, te amo tanto... ya se acerca el tiempo que Fortun pidió para enlazarse á tí; luego, muy luego os vereis unidos; y cuando seais esposos, tu padre no se apartará de tu lado.

Zahra se echó á llorar abiertamente. Las palabras de su padre habian atravesado su alma.

—Sí, ya se acerca el momento: muy luego nos uniremos.

Y se aumentaron las lágrimas de sus hermosos ojos; y cómo no? Zahra era sensible, estaba al lado de un padre cariñoso del que se iba á separar; su amante tenia designado para la fuga, la salida de la luna; y Zahra veía que el sol ya habia desaparecido, que la noche tendía sus sombras con rapidez, y que el lucero de la tarde brillaba en el Occidente.

Fatigada su cabeza por tantas y tan fuertes impresiones, fué reclinándose con languidez sobre los muslos de Abou-Alhama.

Mientras aquella desahogaba su corazón derramando copioso llanto; este que interpretaba la actual situación de su hija como producida únicamente por la gran susceptibilidad que habia observado en su espíritu desde niña; se entretenía sin inquietud alguna en jugar con las manos en las sedosas trenzas de cabellos que caian por su pecho palpitante; cuando distinguió á Fortun que se acercaba.

—Mira, dijo levantando la cabeza de la Princesa; mira, ya viene Fortun: y dirigiéndose á él prosiguió: amigo no has querido descuidarte; pronto me robas la satisfacción de estar con mi hija: eres muy ambicioso.

—Qué elegante! exclamó Zahra mientras en su rostro luchaban las últimas lágrimas, con la amable sonrisa del candor.

En efecto, Fortun venia armado de piés á cabeza: cubria su pecho la aferrada cota; bajo el colete de ante que le llegaba hasta la mitad del muslo, asomaba la escarcela de acero; la tizona pendia con gravedad de su cintura, y la capellina abrazaba toda su cabeza. A su noble movimiento resonaban las espuelas; resonaba la armadura, y temblaba el penacho de tres plumas y de tres colores.

—Ya es hora de que deis principio á vuestro paseo, dijo el Emir poniéndose en pié; quiero dejaros solos.

Y comenzó á andar.

—Padre, os vais sin despediros? murmuró Zahra.

Entonces el Emir volvió y estrechó á su hija.

Esta abrazándolo con fuerza imprimió en su frente un beso apasionado; y despues lo siguió con la vista en tanto que de sus ojos se desprendian dos lágrimas transparentes y puras como dos gotas de rocío.

—Lloras? le preguntó Fortun.

—Sí, lloro; déjame llorar Fortun: y se enjugó los ojos con el manto: ¿qué quieres que haga al despedirme de mi padre?... siempre tan amable... ¿cuánto me ha hecho padecer esta noche con sus caricias... con sus caricias, que en otro tiempo me agradaban sobremanera... ay amigo; que caro me cuesta tu amor...

—Te arrepientes Zahra? le dijo con tristeza.

—No, Fortun; no me arrepiento: estoy resuelta á seguirte: cada vez te amo mas; pero me estremezcó al pensar que voy á alejarme de mi padre.

No era extraño. Zahra tenia diez y ocho años; disfrutaba de una inocencia infantil; criada en el castillo no habia salido de su estrado y de sus jardines; y hoy iba á tender sus alas por el ancho mundo... no, no era extraño que se arredrara.

Esa aflicción desaparecerá bien pronto, cuando pasados unos dias vuelvas en los brazos de tu esposo al seno de tu padre.

Zahra se sonrió involuntariamente.

—Mira, prosiguió el mismo: no ves que noche tan hermosa, todo convida á viajar; el cielo está sereno... el aire templado...

llegó el momento, se interrumpió animado; el fulgor de la luna asoma en el horizonte, ya tengo el caballo enjaezado; hasta luego Zahra: continuó levantándose y tomándola la mano, voy á sacarlo al campo; al instante me tienes aquí para ir al monte á desenterrar el tesoro y volar en seguida en busca de nuestra felicidad.

—Ven pronto.

—Antes de cinco minutos.

Y volvió la espalda.

Zahra luchaba entre dos afecciones encontradas. Veía que para alcanzar la dicha que se habia propuesto era necesario huir; pero el momento de la fuga era terrible.

De este modo, sentada entre las flores de su baño, miraba distraida la luna que comenzaba á destellar en el cielo; obedecía al delicioso placer de sus ensueños, y se perdía tras el imán de bellas esperanzas; cuando llamaron su atención los pasos de un arrogante musulmán que se acercaba á ella con descaro.

No le conoció al principio, pero á luego comenzó á temblar sorprendida: y entre dientes, asustada hasta el extremo, murmuró:

—O Dios! es Alí...

Si, era Alí; que habiendo visto retirarse á Fortun, aprovechó aquel momento oportuno para poner en ejecución sus infernales proyectos.

Zahra estuvo á pique de perder el sentido; de tal modo la sobrecogió la inesperada presencia del árabe. Quiso gritar, pero el baño estaba lejos de la plaza, y su enemigo cerca: conoció que no habia otro remedio que resignarse con la suerte, y calló afligida.

Alí se aproximó con desden.

—Veo que os sorprende mi vista, Princesa; dijo con moderación, al paso que en su pecho ardía un volcan de pasiones: no os alarmeis; no vengo á impedir vuestra marcha, vengo á deciros que todo lo sé, y que yo tambien voy á marchar, porque... Zahra, no puedo vivir lejos de vos: si vos me olvidasteis, yo no olvido á quien una vez llego á mar.

—Déjame marchar Alí, contestó Zahra comprimida; déjame marchar.

—Ni aun quereis escuchar mis últimas pa'abras, preguntó Alí en tono de sumision: no quereis oír los ruegos de vuestro antiguo amante? no quereis oír su despedida?...

—No, Alí; para qué? respondió la Princesa sin saber lo que hablaba: no has dicho que ibas á marchar? anda, vete por piedad, yo tambien marcharé.

—Fementida! gritó derepente el hijo de Mahomet, dando libre curso á toda la saña que encerraba su corazon de biena: no marcharás! no marcharás! no; llegó la hora: hoy te arrastras tú á mis piés; bastante tiempo me he arrastrado yo á los tuyos; hoy voy á gozar yo... bastante tiempo has gozado tu; hoy voy á vengar, Princesa, los padecimientos que me has hecho sufrir...

Zahra amilanada, sin hablar, sin respirar; lo miraba como la liebre mira al águila que va á devorarla.

La luna habia adelantado en su carrera, y su luz moribunda alumbraba esta escena sin igual.

—Piedad! murmuró Zahra sobrecojida.

—Piedad! repitió Alí rompiendo en una carcajada de furor. Piedad pedia yo cuando estaba en la cueva, y no me atendiais; piedad pedia yo cuando me abandonaste y no me escuchabais; piedad pedia yo cuando os oía hablar encima de mi cabeza, y me despreciabais... venganza quiero yo ahora; venganza sobre ti, y sobre el cristiano.

Dicho esto echó la cuerda invisible por la nuca de Zahra enlazándola por delante con un nudo corredizo; y agarrando con ambas manos las puntas en ademán de apretarlo si tiraba.

Una nube de siniestro color surcó los aires.

Zahra no vió la cuerda; mas sintió en todo el cuerpo un hormigueo desagradable, semejante al que produce en la cara el roce de una telaraña.

—Qué haces con migo Alí, no me mates! exclamó sofocada.

—Oh! no te mato; repuso él saboreándose en su venganza, como se saborea el gato jugueteando con el raton que tiene entre sus manos; como se saborea el tigre devorando la presa

que agarra con sus uñas; no te mato porque te amo; sí, te amo á pesar tuyo, y quiero que seas mía; quiero gozarme en la muerte de Fortun... qué!... ha de quedar impune el daño que me has hecho? no: soy poderoso con mi ciencia; y quiero emplear mi ciencia y mi poder contra ti: tu vivirás encantada; tu, hoy la más hermosa, aterrás al mundo con tu sombra... y cuando yo lo diga, cuando yo lo mande; Cervera, el Emir y tú misma, Princesa; vendreis á implorar de rodillas mi amor. Amame... ámame Zahra; aun puede salvarte una palabra... ámame, añadió variando de tono.

Zahra callaba, sus ojos se iban cerrando; la respiracion le faltaba por grados.

—Amame, volvió á gritar en tono mas fuerte; y anegado en rabia al observar tanto silencio, hizo un movimiento con las manos en ademan de estrechar el nudo de Zahra.

A este movimiento tembló el Oriente. Lobeid, Casia, Raquel, Daldal y Mahomet; los principales Magos del Asia y del Egipto, veían pendiente de este movimiento su eterna felicidad; veían aplastarse en un momento sus esperanzas, y cerrarse para siempre sus sepulcros...

Imágenes tan horrorosas se presentaron á la mente de Ali; la voz de sus abuelos resonaba en sus oidos; pero Ali todo lo despreciaba, todo lo hollaba: tenia delante de sí la hermosura de Zahra, y en su pecho un mar insondable de venganza.

—Perdon... dijo la Princesa, cada vez mas pálida y subyugada bajo la mirada fascinadora del árabe.

—Perdon... repitió él con ironía: sí, te perdonaré cuando haya perecido el cristiano, y cuando haya lavado la afrenta que los dos habeis hecho á los moros y al Profeta. Todo lo se, Zahra; continuó con alegría satánica; se la fuga que teneis proyectada para esta misma noche; se el templo que vais á edificar, y la bandera que has bordado para la Virgen del Monte... ja, ja, ja, ja... todo lo sé; continuó mas encendido que nunca, todo lo se; porque en aquellas noches placenteras que pasaban por mi fantasia como sombras del averno; escuché en silencio vuestras conversaciones; os percibi entregados á un amor que era mio; y mientras yo ardía en rabia, mientras yo me arrañ-

caba los cabellos á puñados, mientras yo me revolcaba por el suelo y me abrasaba en el fuego del infierno; ah!.. vosotros, no lejos de mi, disfrutabais las delicias del Paraiso... tus palabras llegaban á mis oidos; tu voz atravesaba mi corazon... en aquel frenesi juré vengarme de ti; y hoy voy á cumplir mi juramento: hoy voy á vengarme, si... á vengarme de ti, orgullosa Princesa; llama, llama ahora en tu defensa al cristiano... llama en tu defensa á su religion.

En este momento sintió Alí ruido á su espalda; volvió la cabeza y vió á Fortun que se acercaba con paso acelerado.

Pero aqui cedemos la pluma al historiador moro.

«El descendiente de Daldal, dice la leyenda 17; el descendiente de Daldal que ve aproximarse á su enemigo; aplica su rostro al rostro de la Princesa; asegura bien entre sus ásperas manos, las puntas de la cuerda invisible de los trece nudos; y despues de invocar con rostro desesperado á las furias del mal; exclamó soplando con violencia á la boca de Zabra:

—«Mágia de Lobeid; en nombre de Satanás te ordeno que operes tus portentos.

«Y Satanás lo oyó.

«Y la mágia de Lobeid operó sus portentos.

«Porque tan luego como sus labios pronunciaron aquellas anatématicas palabras; estalló un terrible trueno en lo alto del Firmamento.

«Y de la tierra se levantó una densa nube que envolvió á los dos.

«Y espesas tinieblas se apoderaron de aquel lugar.

«Y un olor á azufre y á resinas quemadas brotaba de aquella nube.

«Y un ruido profundo como el ruido de un volcan que hierve, salia del abismo.

«Y una centella rojiza surcó la atmósfera.

«Y del corazon de aquella nube que bullia y rebullia sobre la tierra como un torbellino que arrancára rebramando de los infiernos, y que los ánjeles malos aguijaran desde sus cavernas

con arpones candentes; salió una voz terrible, pero lejana, muy lejana... como si en otro mundo hablara; la cual dijo:

—«Orgullosa Princesa, voy á encantarte.

«Y salió otra voz dulce, melancólica, estinguida, pero mas lejana todavía, la cual preguntó:

—«Hasta cuando?

«Y la voz primera respondió con acento mas cruel:

—«Hasta que edifiques el templo de la VIRGEN DEL MONTE, y plantes en él su bandera...

«Y otro trueno retumbó en el Firmamento.

«Y la tierra tembló.

«Y otra centella rojiza surcó los aires.

«Y mil sombras sangrientas se agitaron en torno de la nube; que eran las sombras de Lobeid, y de Casia, y de Raquel, y de Daldal, y de Apolonio y de Mahomet, que se levantaban iracundas de sus sepulcros, para acusar la conciencia del imprudente Alí.

«Y mientras la tierra se estremecía; y la nube temblaba, y las sombras mas y mas se agitaban en torno de la nube; se escuchó un agudo chillido, que salió del abismo, ó de las nubes, ó de los vientos.

«Fue el chillido que lanzó Raquel, al clavarle el cuchillo su tia en la cueva de Loveid.

«Y gotas de sangre cayeron de las nubes del cielo, á la nube de la tierra.

«Fue la sangre con que Casia roció la mansion de Lobeid.

«Y entonces el poder de la cuerda se volvió contra los mismos musulmanes, como aquella vieja habia profetizado cien y cien años antes.

«Pero el abismo bramaba; y la nube sin menearse de un sitio, giraba en espantoso remolino; y Fortun inmóvil contempló espantado aquel espectáculo.

«Mas, alegría hijos míos que me escuchais en paz!

«Si hay un Satanás en el infierno que prestó una centella al malvado que quiso sacrificar la inocencia; hay en el cielo un grande Alá que alumbró con un rayo de su luz al hombre generoso, musulman ó cristiano, que fué á defenderla.

Fortun inspirado por los habitantes del septimo cielo, rasgó la espesa nube con su vista; vió dos bultos revolcándose en el centro de la nube, junto á la boca del subterráneo del baño de la Princesa; y atravesando valiente la nube y los espectros y los holores, con espada en mano; le preguntó á Ali.

—«Dónde está Zahra?»

«Y el moro por toda contestacion sacó un puñal de la cintura: pero Fortun le traspasó el pecho con la espada, y Ali lanzó un terrible grito, y cayó al suelo bañado en su propia sangre.

«Hijos queridos, escuchadme en paz.

«Tan luego como la primera gota de sangre brotó (del costado de Ali, despejóse el cielo, callaron los abismos, huyeron los espectros, desvaneciése la nube, y todo quedó en apacible calma.

«Ali moribundo estaba tendido en tierra y bañado en su sangre. Fortun derecho á su lado, con la espada en la mano, y contemplándolo con ira.

«Zahra habia desaparecido.»

Así se explica la leyenda 17 del moro Garssi.

Pero en otro lugar añade, que los moros del castillo no percibieron nada de esto, aunque letal vértigo corrió por sus cabezas.

A los mas antiguos cristianos de Cervera, llegó sin duda esta noticia de tradicion en tradicion; y en uno de los archivos del pueblo, se encontró en otro tiempo un papel que decia, que aquel portento no era cierto; que Ali asesinó á la Princesa y la precipitó en el subterráneo, donde pié humano jamás pisó despues; y que lo demas fué una fábula inventada por ellos, para ocultar el crimen de su Wali, y la impotencia de la cuerda invisible de los trece nudos.

Otros cristianos tambien antiguos, mas crédulos, ó mas despreocupados, porque el nombre que cuadrarles debe, no lo se yo; decian muy convencidos de verdad, que no seria aquello tanta fábula, cuando todos hablaban en el pueblo y temian sobre manera á la mora encantada en el castillo.

« Pero sea de esto lo que quiera: á mi humilde pluma, que el papel de mera compiladora desempeña; no le toca resolver en estas contiendas, que como de hombres antiguos, muy respetables son; y sí solo copiar casi al pié de la letra como ofreció al lector, algunos pergaminos del moro Garssi. »

Continuemos la historia.

El grito que Alí dió al caer, llamó la atención del atalaya, que al pálido resplandor de la luna divisó, aunque en confuso, á los dos. Pasó aviso á la guardia; y el cabo con cuatro alfaraces partió inmediatamente en busca de la novedad.

Quando llegaron al sitio seguía Alí tendido, con la espada hincada; derramando torrentes de sangre por la herida y por la boca: Fortun lo contemplaba de pié á su lado.

Tan luego como el moribundo distinguió á la guardia articuló con pena, en medio de las ansias de la agonía, las siguientes palabras, sin dar lugar á que le preguntaran.

—El cristiano ha asesinado á la Princesa... y la ha enterrado para robarle sus joyas y huir del castillo; he venido yo á defenderla y me ha asesinado también.

—Mientes traidor; gritó Fortun, é iba á precipitarse sobre él cuando la guardia lo apresó furiosa.

—Donde está enterrada la Princesa? preguntó el cabo con anhelo á Alí.

Pero Alí no pudo responder; cubrió sus pupilas una tez empañada; hizo un saliente de pecho, y espiró.

—Villano, dijeron los alfaraces á Fortun; donde has enterrado á la Princesa?

—Alí lo sabe que es quien la ha muerto.

Mas los alfaraces lo maltrataron con palabras y aun con obras sin escuchar sus razones; y lo presentaron al alcaide enterándole de lo ocurrido.

—Cómo!... es posible!... la Princesa ha muerto? exclamó arrojando el turbante contra el suelo, asustado al pensar la impresión que tamaña desgracia produciría en el corazón del Emir.

—Ha muerto; y la ha muerto el cristiano; le respondieron

con gusto; porque pocos moros de Cervera apreciaban á Fortun: y si en su auge lo respetaban porque iba á ser su Príncipe; hoy, aprovechaban placenteros la ocasion para quitarlo de su compañía.

—Cargadlo de cadenas; mandó el alcaide con voz imperiosa; y cerrado en la mazmorra mas segura: yo voy en compañía de los Ulemas á comunicar este desastre al Emir.

Fortun fué encarcelado en el mismo calabozo que lo habia estado sesenta dias antes; y la vista del subterráneo que reconoció al momento, le produjo una impresion demasiado terrible.

El encanto de Zahra como ya ha dicho en su leyenda el moro Garssi, y la muerte de Ali; cumplieron sin que nadie lo advirtiera, el anatema que cien años antes pronunció furiosa en la cueva de Lobeid, la vieja Casia, cuando despues de huir Daldal y de degollar ella por su propia mano á Raquel, dijo esparciendo la sangre de la inocente jóven por las paredes de la caverna.

*—Esta sangre derramada hará que la cuerda invisible de Lobeid, robada por un musulman; vuelva su virtud contra los mismos musulmanes.*

El lector que ya conoce el afecto sin límites que el Emir profesaba á su hija; que mil veces le ha oido llamarla fiel imágen de su adorada esposa; que no ignora los sacrificios que ha hecho por salvarle la vida; y que pocos momentos hace, lo ha visto deshacerse con ella en paternales caricias; el lector decimos podrá conocer á fondo la sensacion acre, la sensacion cruel y profunda que la noticia de la muerte de Zahra produciria en su alma.

El Alcaide no se atrevió á subir solo á la cámara del Emir á comunicarle tan infausta nueva; y lo hizo acompañado de un Ulema.

Los primeros movimientos de Abou-Alhama al oirlos hablar, fueron de incredulidad, de risa: pero luego que el Ulema, que hasta entonces se habia espresado de un modo vago, fué infiltrando abiertamente el veneno de los sucesos en su corazon;

luego que le dijeron con claridad que su hija había sido muerta por Fortun; Abou-Alhama, cuya cabeza asaltaron de improviso mil ideas encontradas; no pudo sobrellevar un peso tan enorme, y cayó privado sobre los cojines.

Cuando volvió en sí, no sentía aun todo el rigor de su situación; porque estaba delirante: no correspondía á las reflexiones de consuelo que le hacían con humildad el Alcaide y el Ulema; y mientras sus ojos cristalinos vagaban estúpidos por la habitación; se le oía murmurar entre dientes:

—No, no es posible, no lo creo... Fortun no ha podido matar á mi hija; yo lo perdóné á él, y despues la amaba tanto... no; estos son unos pérfidos que me engañan.

—Señor... exclamó el Alcaide inclinando la cabeza con respeto; en tanto que el Ulema tomaba del brazo al Emir que se iba agitando por grados y cediendo á una fuerte convulsion; por desgracia es demasiado cierto, Fortun ha muerto á la Princesa.

—Qué dices? preguntó el Emir fijando en él su mirada feroz que hasta entonces había andado perdida por la cámara: ¿qué dices? que mi hija ha muerto...? vamos á ver su cadáver.

—Señor, lo ha enterrado para ocultar su crimen y no sabemos donde.

—No, no lo creo: Fortun no ha muerto á mi hija, á Zahra? ca... imposible.

—Si señor, á vuestra hija nuestra Princesa, y á Alí.

—Y á Alí? por qué? tampoco lo creo.

A medida que el Emir perdía la razon se iba cubriendo su rostro de una palidez mortal.

—Asomaos, Señor, á la ventana, replicó el Alcaide; y vereis el cadáver de Alí que conduce la guardia á su aposento.

Abou-Alhama se asomó á la ventana instintivamente; y vió en efectó el cuerpo de Alí, muerto y ensangrentado, que lo llevaban cuatro soldados en una camilla de tablas. Este espectáculo despertó al Emir de su aberracion; dió un hondo suspiro y dejó caer la cabeza sobre el alfeizar de la agimez.

Entonces se apercibió de su dolor:

—Señor, le dijo el Alcaide con gazmoñería: entregaos al sentimiento que es bien natural en un padre y que á todos nos

tiene contristados: renunciad estos dias á los negocios del castillo; y delegad entre tanto vuestra autoridad en alguno que dignamente la desempeñe: en mi podeis hacerlo si merezco vuestra confianza, ó en cualquiera otro sino me creéis digno de semejante honor.

—Bien; lo interrumpió el Emir con negligencia: haz lo que gustes.

—La delegais en mi, Señor?

—Si, en tí.

—Ya tengo preso al agresor, prosiguió con adulacion.

—Bien; respondió el Emir sin oír lo que le decia, y haciendo un movimiento con la mano para que se retirasen; marchaos.

Los dos inclinaron la cabeza y se salieron.

Quando se encontró solo el Emir exhaló un prolongado suspiro arrancado de lo mas profundo del pecho; y sentándose descorazonado en los cogines, esclamó con aquella voz amarga del hombre á quien aflige una angustiosa pena y no puede prorumpir en llanto:

—Mi hija ha muerto...!

Despues de un instante de silencio;

—Ahora sí; repetia entre dientes, arrojando el turbante con rabia; ahora sí que se ha cumplido la profecia de Mahomet; mi hija ha muerto, y ha muerto á manos de un cristiano que me ha engañado...

Y se tiró á lo largo contra el suelo, cubriéndose el rostro en ademan de llorar.

Sordos gemidos salian sin interrupcion del pecho de aquel padre infortunado.

Era el Alcaide uno de esos hombres bajos y sagaces, que saben acomodarse veleidosos á todas las circunstancias; y que por do quiera husmean rastrameramente con tal de acercarse á las personas que empuñan el poder. Intimo amigo de Alí; á quien debia la distinguida posicion que ocupaba, guardaba una saña irreconciliable á Fortun; pero como este jóven habia sido el prometido á la Princesa; el Alcaide lo respetaba en sus dias de apogeo, lo halagaba y se le vendia por su mas fiel compañero.

Hoy se encuentra alegre porque le brinda la suerte con una ocasion pintada para saciar su rencor en el cristiano, contra el que se presentaban todas las apariencias: y conociendo á fondo el carácter del Emir, le suplica so pretesto de velar por su tranquilidad; que en los presentes días de infortunio se desentienda de los negocios públicos, y delegue su autoridad en cualquiera de las personas de su confianza, indicándose á si mismo el primero.

Abou-Alhama estaba afligido entonces, estaba fuera de sí, y accedió á tales ruegos maquinalmente; casi sin advertirlo.

Aunque las intenciones del Alcaide no eran otras que atormentar al cristiano con una muerte cruel; quiso someter la sentencia como se hacia en todos los casos árduos, á la discusion de los Ulemas; ya por aparecer imparcial y justiciero á los ojos del público, y ya por librarse de toda responsabilidad ante el Emir cuando se tranquilizara; quien sumamente noble castigaba con severidad á aquel que abusando de la justicia, satisfacía con ella resentimientos particulares.

La noche habia cerrado en su totalidad; y mientras el pueblo bramaba por las calles de Cervera, pidiendo á gritos el asesino de su Princesa para devorarlo, entraban magestuosamente en la Mezquita los Ulemas á celebrar conclave.

Si el lector quiere tomar noticia de una de las ceremonias mas solemnes entre los musulmanes, sigamos idealmente á los Ulemas y penetremos tambien con ellos en la Mezquita.

La estancia aparece sombría, solemne y magestuosa.

En medio se alza una mesa larga, cubierta por un tapete negro.

A cada uno de los costados se ven dos ancianos respetables sentados en los bancos de palo; y en la testera está el presidente. Los cinco visten albornoces pardos con la capucha caída á la espalda; los cinco tienen largas barbas blancas y la cabeza calva.

Sobre la mesa se descubre un tintero, el Coran abierto, y una vela que refleja su luz pálida en los rostros macilentos de los ancianos; y pinta sus sombras en confuso, alla... en el artesonado de la Mezquita.

El presidente se levanta: á continuacion se levantan los cuatro secretarios: pone gravemente la mano sobre el Coran, y con voz quejumbrosa por la edad, comienza á hablar:

—Ulemas;

Las paredes repetician sus palabras.

—Un cristiano ha muerto alevosamente á la Princesa; y va á castigarse su crimen cual merece; qué decis?

El presidente se sentó: y lo imitaron todos menos el de la derecha que quedando en pié contestó:

—El Profeta me inspira; que el cristiano sea mutilado de piés y manos y sumergido en una cisterna hasta que perezca.

Y se sentó.

Entonces se levantó el segundo.

—El Profeta me inspira; que el cristiano sea precipitado desde el castillo al pueblo.

Y se sentó.

El tercero dijo.

—El Profeta me inspira; que al cristiano se le arranquen los ojos y se le arroje á una selva, á ser devorado por las fieras.

El cuarto repuso.

—El Profeta me inspira; que se alancee al cristiano, se le curen las heridas con ácido sulfuroso; y se repita la operacion hasta que sucumba.

Por fin llegó el turno al presidente, que levantándose como los otros, espuso su parecer asi:

—El Profeta me inspira; que á la presencia del Emir, del pueblo y de la tropa armada, sea ahorcado el cristiano en las almenas del torreón del homenaje, y que su cuerpo permanezca colgado de la torre hasta que sus miembros secos por el tiempo, se caigan uno á uno. De este modo servirá de ejemplo á los demas cristianos, y damos cumplimiento al capítulo del Coran que dice:

*Quando la suerte de las armas ponga á los cristianos en vuestras manos, esterminadlos para que su muerte aterre á sus secuaces.*

Los cinco dictámenes fueron sometidos á votacion secreta, y fué elegido por unanimidad el del presidente.

Entonces se levantaron todos de nuevo, y tomando el último el Coran entre sus manos; estendió el mas jóven en un pergamino la resolucion definitiva que leyó en alta voz y decia:

*En nombre de Alá clemente y misericordioso:*

*El conclave de los Ulemas ha decretado: que el cristiano que asesinó á nuestra Princesa, sea ahorcado el dia de mañana por el albacir, en las almenas del torreón del homenaje, vistiendo la misma armadura que vestia en el momento de cometer el nefando crimen.*

*Que el Emir, el pueblo y la tropa armada concurren al acto.*

*Que el cuerpo del reo continúe colgado de la torre hasta que sus miembros se caigan uno á uno, y de este modo sirva de escarmiento á sus secuaces, segun previene el capítulo XVI del Coran.*

*El presidente.*

SEDILL-Y-ALLAH.

El presidente inclinando la cabeza cerró el Coran.

Los secretarios la inclinaron tambien con magestad, y el conclave se dió por concluido.

Se sacaron varias copias del pergamino, las que rubricó con sumo placer el Alcaide; y al dia siguiente amanecieron pegadas todas en las esquinas de Cervera y en las murallas del alcazar.

Tan luego como brilló la aurora, y el pueblo pudo leer la sentencia publicada; estalló en el castillo un grito general de alegria furiosa que esclamaba:

—Muera el cristiano... muera el cristiano.

Este grito resonó en el calabozo de Fortun.

## CAPITULO XI.

### LOS CUERVOS.

**E**L prometido á la hija del Emir; el que no hace muchos minutos se paseaba alegre por las florestas de Zahra; y abrigaba en su mente mil esperanzas risueñas como las mañanas de abril; el valiente y noble Fortun, estaba cerrado y cargado de cadenas en una mazmorra terrible.

Cincuenta dias hacia que se habia encontrado otra vez aherrojado en el mismo calabozo; pero ay! que novedades habia experimentado en esos cincuenta dias! qué proyectos tan halagüeños habia concebido su mente! qué placeres tan sublimes se habian deslizado por su alma! ora conmovido en el escapulario de la Virgen que llevaba en el pecho, como en otra ocasion habia orado; pero entonces su oracion era toda pura, toda celeste; hoy á la imagen de la Virgen va unida para él la imagen de una mujer... Zahra; la hermosa Zahra que ya no existe para que le abra las puertas de la cárcel, habia tenido en su mano aquel escapulario; Zahra habia impreso en él sus labios; lo habia apretado contra su pecho; y la efigie grabada en él habia producido la conversion de Zahra.

Todas estas reflexiones desvanecían su cerebro, enardecían su fiebre, y en los delirios de la calentura que le asaltaban á cada paso, veía en la oscuridad del calabozo el rostro divino de la Princesa: veía su talle vaporoso, veía su sonrisa angelical; iba á estrecharla anhelante entre sus brazos, pero crugían las cadenas sobre su cuerpo... y Fortun despertaba de su ensueño.

Otros recuerdos afligían también el espíritu del cautivo; su padre, su hermana á quien se disponía á abrazar bien pronto, quedaban separados de él para siempre; y él era el responsable de ello, por haberse entregado tan de lleno al amor: se creía criminal; y la idea del crimen hacía temblar sus músculos. Pero entre todas las sombras que esta noche de agonía asaltaron su ánimo, ninguna, ninguna le aterró como el pensar que el Emir le imputaría la muerte de su hija.

—Si me dieran audiencia... exclamó frenético en el fondo de su caverna; si le hiciera creer que estaba inocente; moriría con gusto: brille mi inocencia, Virgen Santísima, y vengan los tormentos... venga la muerte.

De este modo atravesaban lentamente las horas por la existencia de Fortun: cada minuto le ofrecía una angustia más acerba que las anteriores, y consumía con las penas un grado de su vida desgraciada.

En los pocos momentos que su ánimo lograba serenarse, y miraba las cosas con los ojos de una razón tranquila, no encontraba del todo desesperada su causa: si obtenía permiso para hablar al Emir, podría enterarle con claridad de los sucesos acaecidos, y acaso Abou-Alhama anularía la sentencia fulminada contra él.

Entonces, se decía asimismo entre el rechinar de las cadenas, entonces marcharía de este castillo que ya detesto, á llorar en el seno de mi familia la pérdida de la más bella de las mujeres.

Más sosegado por tan ilusorias meditaciones dirigió una súplica ferviente á la madre de los afligidos; y esto y lo exento que se hallaba su corazón de mancha, lograron derramar la calma sobre su espíritu. Infeliz! aun llegaba á fundar sus espe-

ranzas en el caracter racional y benéfico de Abou-Alhama! pero ignoraba que entre él y Abou-Alhama, entre el reo y el Emir, mediaba una barrera de hierro intencional, que lo separaba de toda comunicacion; mediaba el caracter pérfido y entero del Alcaide.

Si Fortun moria: moria sin culpa: pero Dios permite muchas veces que el malvado sacrifique la inocencia en los altares de este mundo imperfecto, para que el olor de tales sacrificios suba á su trono como olor de suavidad.

Entre tanto que el cristiano continuaba sumergido en las húmedas tinieblas del calabozo; los primeros albores de un dia claro amenizaban los vergeles del castillo. El bronco sonido de los atabales farrados de bayeta negra; el eco fúnebre de los clarines apagado con lana, el estrepitoso ron ruido de las trompas de cuerno; anunciaban desde la aurora las exequias del Wali que se iban á celebrar en la misma mañana.

La tropa se hallaba formada en la plaza de los baños; los Ulemas reunidos en una habitacion de la plaza fuerte, y los geques y moros principales del pueblo con semblantes melancólicos haciendo el honor en la ante-cámara del Emir; desde donde oian los suspiros que exhalaba, y las espresiones incoherentes que arrancaba de su pecho á cada paso la muerte inesperada de su hija.

Serian sobre las nueve de la mañana, cuando el triste redoble de un clarin convocó al entierro.

Una escolta de almogabares, que durante la noche habia estado guardando el cadaver de su Wali, rompía la marcha: seguian en dos filas con sus trajes bordados, los ricos hombres de Cervera: despues en hombros de ocho soldados, iba conducido el cadaver, vestido de gala, sobre uzas an-las formadas con lanzas, espadas, y banderas que flotaban inclinadas hacia abajo: marchaba detras la sorda orquesta de negros, y cerraba el acompañamiento el valiente ejército formado en escuadrones.

El cuerpo de Ali, al presentarse muerto en la puerta de su habitacion, inflamó el ánimo de los guerreros; les recordó con su presencia, sus antiguas glorias; é impelidos todos á la

vez por un movimiento de ira, gritaron á una voz entre el estruendo de las armas:

—Muera el cristiano...

La procesion salió de la plaza fuerte por la puerta de Oriente; atravesó la contra muralla y entró en la plaza de los baños, donde se veia abierto el sepulcro del Walí.

Ya digimos antes, que en esta plaza que ocupa lo largo del alcázar en el lado Septentrional, tenian sus baños los generales de la guarnicion, por cuyo motivo habia recibido el nombre con que la conocemos. El de Alí era acaso el mas pintoresco: consistia en una tienda redonda al pié de dos árboles que le hacian sombra, cubierta por fuera de manchadas pieles de tigres y de leopardos, y por dentro de vistosos cortinajes de púrpura y damasco blanco, graciosamente combinados.

Este recinto de placer donde tantas veces livó los encantos de una suerte feliz, fué el lugar destinado para depositar sus cenizas.

Arrancaron la pila de marmol; practicaron una sepultura muy honda y estrecha; y entre las despedidas de sus amigos, y entre los sollozos de los guerreros que rugian cual leones comprimidos, fué colocado en el sepulcro el cadaver de Alí, sentado y mirando al Oriente segun costumbre mahometana.

El Alcaide se acercó y levantando la voz dijo:

—O valiente Alí; el Profeta te acompañe en el paso de AL-SIRAB.

Dos negros pusieron una losa sobre la sepultura; la cubrieron de tierra hasta igualarla con el resto del suelo; cerraron las cortinas de la tienda con los gruesos cordones de oro que las ligaban, y el acto se dió por concluido.

Pero la tropa no dejó las armas, ni podía dejarlas en todo el dia.

Despues del célebre acontecimiento del entierro de su general, aun le esperaban otros dos, no menos importantes; la horca del cristiano á las once de la mañana, y la Chorra que se iba á celebrar á la noche en la Mezquita por la malograda Princesa de Cervera.

Ansibso el Alcaide mucho tiempo hacia de grangearse la voluntad del Soberano, y creyendo la presente ocasion una de las mas oportunas para conseguirlo; no hubo medio que su sagacidad no empleara al efecto.

Varias veces intentó penetrar en la cámara del Emir á consolarlo en su dolor, y todas fué repulsado: porque Abou-Alhama, como noble, detestaba las adulaciones; y como amante apasionado de su Zahra, queria estar solo para entregarse abiertamenté á los excesos que produce la afliccion; excesos naturales que censuran vilmente llamando extravagancias, algunos intolerantes que no saben comprender la esencia misteriosa del sufrir.

El Alcaide bajó tambien al calabozo de Fortun, por aparentar celo en su destino; y por gozarse en la desgracia de su enemigo; á mandarle imperiosamente digera donde habia enterrado el cuerpo de la Princesa: pero al ver que Fortun siempre le respondia sereno, que Ali era quien la habia muerto; creyó prudente no remover este asunto, por evitar llegase á oídos del Emir quien escuchando las protestas del cristiano acaso le otorgara su perdon.

—No, no; murmuró entre dientes sonriendo con sátira: no nos espongamos... que se pierda el cuerpo de la Princesa, y que muera Fortun.

El sol iba adelantando en su curso y sus rayos caian ya casi perpendiculares sobre el castillo.

En las almenas del torreón del homenaje que daban al Norte, se descubria atado á una de ellas, un cordel de cáñamo nuevo y ensevado, lo que daba á conocer que en aquel lienzo iba á ejecutarse la muerte del prisionero.

En la plaza de los baños estaba formado el ejército en dos bandas frente á la torre; y en medio de las dos alas se veian cuatro cojines tendidos en el suelo, y al rededor catorce ó diez y seis banquillos con tapetes de grana.

Este era el sitio destinado al Emir y su córte.

La colina que nacia al otro lado del barranco de Tollo; cabalmente la colina en que Zahra y Fortun habian gozado las noches mas amenas de su amor; donde habian enterrado el

tesoro, y donde habian determinado los tiernos amantes levantar el templo á la Virgen Santísima; se iba cubriendo hoy por una muchedumbre de personas que movida, por el deseo de ver morir á aquel Fortun que tan célebre llegaron á hacerlo las diferentes circunstancias que le acompañaban; se agrupaban anticipadamente á ocupar un puesto cómodo y elevado, y no cabiendo se estendian además por las vecinas cordilleras de Cabezos.

Era chocante en verdad el golpe de vista que ofrecia un monte coronado por una imensa multitud de hombres, mujeres y niños, con mantos de diferentes colores, con turbantes variados en cuyas medias lunas reflejaba el sol su luz, convirtiéndolas con el movimiento de las cabezas, en otras tantas chispas de fuego que rebotearan por el aire.

Una reunion tan grande de gente, producía un murmullo que desde el castillo se confundía con el ruido que lleva tras sí un rio caudaloso cuando sale de madre.

Un redoble prolongado de atabales y clarines, anunció que la corte se dirigía con el Soberano á ocupar sus asientos.

Aunque las murallas eran altas; como la colina en que se habia estacionado el populacho era tambien bastante elevada; y el espacio entre la muralla y la contramuralla ó sea la plaza de los baños, estaba muy inclinada, porque seguía la vertiente del peñon en que se formaba; distinguía aquel con comodidad al traves de los árboles, todo lo que ocurría en dicha plaza.

Tan luego como sonó el redoble, vió presentarse en ella una escolta de alfaraces con espada en mano; algunos pasos detras los geques, capitanes y ricos hombres, y por último el Emir cabizbajo y convulso, acompañado del Alcaide que no le dejaba de la mano.

No bien descubrió la muchedumbre desde el monte en que se encaramaba á su Soberano; cuando hombres, mujeres y niños, todos levantaron en alto sus pañuelos y sus turbantes, gritando á una voz entusiasmados.

—Viva el Emir... muera el cristiano...

El Emir hubiera renunciado con sumo placer á semejante

espectáculo; pero así habia resultado de la deliberacion de los Ulemas; y era necesario cumplirlo.

Muchas razones tenia el pueblo de Cervera para anhelar la muerte de Fortun; era cristiano, habia asesinado segun ellos creian á la Princesa, habia asesinado al Walí que volaba en su socorro; y por último, el reciente entierro de este que le ofreció ocasion de ver su cuerpo ensangrentado aun, habia inflamado su rencor, y deseaba con vehemencia que la sangre de un hombre borrara tanta sangre derramada por su mano.

Un clarin hizo señal que la guardia pasaba por el preso.

Con efecto; cuatro alfaraces y un cabo abrieron las puertas del calabozo. El ruido monótono y pausado de sus piés recordó á Fortun el mismo ruido que otra vez habia oido en aquella mazmorra, cuando un ángel bajó del cielo á salvarle la vida y á llenarlo de amor: rechinó el pesado cerrojo; crugieron los goznes y se abrió la puerta: pero en lugar del rostro divino de Zahra, apareció el feróstico semblante del albacir.

—Levántese; dijo con voz de trueno.

Fortun se levantó.

El albacir soltó las cadenas que lo ligaban á la pared; pero no las que le sugetaban las manos una con otra.

—Adelante; continuó el albacir.

Y Fortun echó á andar entre cuatro soldados.

—Me permitirán hablar con el Emir? preguntó tímidamente.

—No por cierto; respondió el albacir pegándole una bofetada en el rostro.

—Señor; exclamó el cristiano con las lágrimas en los ojos y mirando al cielo; recibid esta bofetada en cuenta de la que á vos os pegaron por mí.

Y salieron de la plaza fuerte.

Fortun caminaba con la cabeza baja: los penachos de su capellina estaban ajados de rozarse en las paredes de la mazmorra: el ave imperial dobla tambien su cuello y se le marchitan las plumas cuando llega la hora de morir.

Pasados dos minutos aparecieron sobre la torre los cuatro soldados; luego el albacir, despues el cristiano.

Apenas lo distinguió la muchedumbre que cubria el monte de enfrente y las ramblas inmediatas; cuando prorumpiendo en una bocherà extraordinaria, y agitando las manos con frenesí, gritaba furiosa.

—Muera ese perro... muera el traidor.

El albacir mandó á Fortun con aspereza que subiera á las almenas del Norte, y Fortun obedeció.

En seguida tomó el extremo libre del cordel que colgaba de una almena; formó un nudo corredizo y metió en él el cuello del cristiano.

El pueblo miraba con placer tales preparativos.

Fortun absorbido en sus reflexiones no atendía á su peligro. Ve debajo de sus piés el numeroso ejército que ha rendido las armas mas de una vez ante su presencia; ve una concurrencia inmensa contemplando su suplicio desde la misma colina en que tanto habia amado poco tiempo hacia; ve los jardines, las plazas, los baños de la Princesa, bellas escenas de sus perdidos placeres; y ve tambien la imágen del crimen falsamente colocada sobre su cabeza: la luz misma que hierde sus ojos le trae á la memoria recuerdos tan crueles... mas crueles mil veces que el cordel que abraza su cuello; recuerdos que roban toda su atencion, y le hacen olvidar la muerte terrible que le amenaza.

El Emir permanecia desde el principio con la cabeza baja y los ojos fijos en el suelo; el Alcaide á su lado no podia ocultar el gozo que disfrutaba.

El albacir se colocó al lado de Fortun en ademan de ejecutar la sentencia; pero aquel pidió permiso para hablar dos palabras; y el Alcaide, por ostentar imparcialidad y condescendencia delante del Emir, se lo concedió, aunque bien contra su voluntad.

Entonces Fortun levantó su frente serena; miró con desden la multitud que se desplegaba en el castillo; miró con desprecio la multitud que bullia en los montes vecinos; y con voz fuerte y sostenida dijo:

—Musulmanes; muero sin culpa.

El Emir temblaba al escuchar al hijo de Hernan.

Un silencio profundo habia sucedido al anterior bullicio.

El Alcaide rabiaba al observar la atencion que se prestaba al cristiano.

—El Dios que me escucha desde el Cielo conoce mi inocencia; él castigará mi muerte en vosotros mismos; *mi cuerpo pendiente aun de las almenas, será testigo de vuestra total destruccion.*

—Muera, muera... gritaba el populacho enfurecido al oír las últimas palabras.—Muera, muera, repetía el eco de las cordilleras de montañas.

—Qué es inocente ha dicho! murmuró el Emir dirigiéndose al Alcaide.

Pero este que conocia la fuerza de tales palabras, fingió no oírlas, é hizo apresurado una señal al albacir.

El albacir empujó á Fortun por las espaldas y lo precipitó en el abismo.

—Bien... bien... bravo... bravo... exclamaba á lo lejos el pueblo feróstico al verlo caer.

El golpe violento que recibió en el cordel, lo desnucó al instante, lo que hizo muy breve su agonía.

Solo una ligera combulsion se percibió correr por sus miembros, y dejó de vivir.

—Mucho... mucho; magnífico... viva el Emir, viva Mahoma... mueran los cristianos... voceaban los del monte riéndose á carcajadas al contemplar el cadaver de Fortun colgado de la torre.

Y en su estúpida algazara agitaban con las manos levantadas los pañuelos y los turbantes.

El Emir se retiró inmediatamente á su cámara: la corte le siguió; y la muchedumbre se fué descolgando gradualmente por las ramblas de la colina, que á los pocos momentos volvió á su acostumbrada soledad.

El ejército hizo el ALATEMA, porque ya habia trascurrido el medio dia; y despues pasó formado á la plaza del ejército, situada como ya sabemos al Oriente de la plaza fuerte; y allí se estacionó esperando la noche, en que iba á reunirse Cervera en la Mezquita para celebrar la oracion solemne por la Princesa.